

perspectivas de diálogo

DIALOGO
MARXISMO -
CRISTIANISMO

CENTRO
PEDRO
FABRO

MONTEVIDEO
URUGUAY

58
59

perspectivas de diálogo

director:

Andrés Assandri

equipo redactor:

Centro Pedro Fabro

caratulista:

Yim-Cheung-Koon

redacción y administración:

Agracida 2974 - Montevideo

teléfono: 29 74 66

Con la debida aprobación

precio de este ejemplar:

\$ 120,—

Año VI — Setiembre de 1971 — N° 57

177 En torno a la Declaración del Episcopado uruguayo sobre las elecciones.

179 Cristianismo y "lucha de clases"

Giulio Giradi

186 La liberación y sus condiciones concretas

Estuardo Arellano

190 Voz latinoamericana en el Sínodo

191 1) Habla el Episcopado peruano

196 2) Hablan los sacerdotes latinoamericanos

201 3) Propone el clero chileno

205 ¿Tiene dueño la justicia?

I. Calley y los Berrigan

Juan Bolívar Díaz Santana

II. Carta al Presidente Nixon

Misioneros norteamericanos de Chile

En torno a la Declaración Episcopal

El artículo del P. Girardi que presentamos en este número, aborda desde un ángulo nuevo un tema tabú dentro de la reflexión cristiana: la lucha de clases. Y es lógico que lo haya sido, porque si por "lucha de clases" se entiende la instigación al odio de las clases populares hacia los miembros de otra clase social, es obvia la incompatibilidad del cristianismo con tal concepción. Empero si "lucha de clases" se refiere a la confrontación de intereses **objetivamente** conflictivos entre las clases sociales, cuya toma de conciencia da origen a situaciones radicalizadas como la que vivimos hoy en el Uruguay, entonces importa, y mucho, la reflexión del cristiano y de la Iglesia sobre esa realidad, que constituye el ámbito de su vida y de su acción. Importa discernir de qué lado se inclinan las exigencias de la fe y del Evangelio.

Guste o no guste, la Iglesia ha realizado ya su opción **oficialmente**. Cuando en Medellín, la Asamblea Episcopal latinoamericana declara que no se puede hablar de "paz" sin la realización de la justicia, los Obispos están reconociendo la existencia objetiva de la lucha de clases. Suponen que la no realización de la justicia —ampliamente analizada en los documentos— beneficia a unos y perjudica a otros, cuyos intereses son, por tanto, antagónicos. Y cuando los Obispos se definen por una **acción liberadora** de los pueblos latinoamericanos, toman posición —en la línea del Evangelio y de toda la tradición bíblica— por los oprimidos y los pobres, sean cuales fueren las condiciones de su opresión o de su pobreza.

Guste o no guste esta es la posición oficial de la Iglesia, sancionada por el Papa Pablo VI.

Pero esta opción oficial no arrastra automáticamente tras de sí las opiniones de todos los cristianos latinoamericanos, ni representa de hecho la actitud de **todos** los Obispos. Porque la situación conflictiva de la sociedad, la lucha de clases (en el sentido que señala el P. Girardi en el artículo que presentamos en este número); la toma de conciencia de los intereses **objetivamente** antagónicos es realidad también dentro de la Iglesia: hay en ella ricos y pobres, opresores y oprimidos; hay entre sus miembros intereses antagónicos, y hay tomas de conciencia que provocan el conflicto.

Esta situación se ve aun agravada en nuestro país por el período pre-electoral. Período muy particular de nuestra historia por cuanto las que durante mucho tiempo fueron minorías inofensivas para nuestro régimen bipartidista, adquieren hoy en un frente común, el carácter de una opción real de poder.

En este contexto convulsionado en que la irracionalidad campea en sus formas más agresivas y calumniosas, aparece la Declaración de la Conferencia Episcopal Uruguaya. En este contexto hay que evaluarla.

Aparentemente ya existían documentos suficientes para esclarecer la conciencia del cristiano, única, en definitiva, que debe asumir

la responsabilidad de la opción política, no sólo electoral, sino de acción y participación en todo el proceso del país. La Declaración recuerda (y remite a) los Documentos de Medellín, la Carta Apostólica de Pablo VI y algunos documentos locales de los últimos años.

¿Por qué hablar entonces cuando se sabía de antemano la avalancha de reacciones contradictorias que tal declaración iba a producir?

Sin duda hay que buscar la respuesta en los continuos intentos de cierta prensa de tomar la función del magisterio y sustituirse a ella dictaminando lo que el cristiano puede o no puede en materia política. Curioso magisterio eclesiástico ejercido a veces por ateos, que recuerdan a los cristianos sus deberes en nombre de una fe que ignoran!

Influyó también, sin duda, el autoritario exceso de un obispo que se permitió ir más allá de lo que la Carta Apostólica de Pablo VI entendió que debía ir, fulminando condenas y gravando conciencias que deben sí ser iluminadas pero nunca determinadas en opciones tan complejas como las políticas.

Y los Obispos hablaron. Lo hicieron para recordar las grandes líneas que deben inspirar al cristiano en su acción política, pero más que nada, para abrir de una vez por todas la puerta que tantos están tratando de cerrar, no por razones de ética cristiana sino por simple intento de utilización de una Iglesia que se les ha escapado definitivamente de las manos.

Es obvio que en la presente coyuntura política del país, este problema —si se puede votar al Frente Amplio— no es el que debe merecer mayor atención o análisis. Los documentos de Medellín, la pastoral de Adviento del 67, plantean los problemas en un nivel mucho más crucial y definitivo cual es el de la construcción de una sociedad nueva. En ellos, siguiendo la línea de Pablo VI en su encíclica *Populorum Progressio*, se realiza una crítica definitiva del sistema capitalista que, particularmente en los países subdesarrollados y dependientes, ha develado su carácter virulento e inhumano, y su incapacidad de sacar nuestros países del estancamiento o la regresión. Cabe preguntarse, entonces, si, frente a este juicio lapidario del magisterio de la Iglesia, son muchas las alternativas que se le ofrecen al cristiano en su búsqueda de una sociedad nueva, y si son tantas las opciones políticas concretas en el panorama nacional que responden a esta expectativa.

Suponemos que la amplia gama de opciones posibles señalada por la Declaración episcopal se debe quizá al respeto por la diversidad de opiniones existentes entre los cristianos como entre los miembros de la Conferencia. Esta diversidad no debe defraudarnos. Vivida con dolor, como un signo de los tiempos (en el que la comunidad cristiana participa junto a la sociedad global) es un aliciente a la esperanza, en el sentido de que la Iglesia está en marcha, y vive ella también las vicisitudes de un alumbramiento.

PERSPECTIVAS DE DIALOGO

Cristianismo y lucha de clases

Giulio Girardi

1. Primera aproximación al problema

En la relación entre vida cristiana y compromiso terrestre que es el objeto de nuestra Semana, hay aspectos que son hoy, bastante pacíficos entre los cristianos, a pesar de que sean nuevos en cierta medida con respecto a la espiritualidad y a la teología preconiliar. Por ejemplo, hoy día, se acepta pacíficamente que no hay contraste entre la orientación escatológica del cristiano y su compromiso terrestre; más todavía, se considera pacífico que sea un derecho y un deber del cristiano comprometerse en el orden temporal.

Pero hay aspectos que quedan fuertemente discutidos y candentes: son especialmente los que se refieren al compromiso revolucionario y más especialmente a la lucha de clases. Es sobre este punto que vamos a hablar hoy: el aspecto del compromiso revolucionario que es la lucha de clases.

El problema se plantea concretamente como una antinomia entre dos exigencias que nacen en la

conciencia de los cristianos de hoy (de muchos por lo menos): por un lado la de la revolución social, que parece imponer una elección y una lucha de clases, en el plano nacional e internacional; por otro lado "la doctrina social de la Iglesia" que parece contener una condena de esta lucha, y consideraría como un carácter esencial del comunismo ateo. De aquí nace una tensión muy aguda en el espíritu de los militantes, entre la fidelidad a la Iglesia y a la clase obrera, entre la fidelidad a la Iglesia y a las masas de los oprimidos.

2. El problema en el contexto de la Iglesia postconciliar

Este problema es extremadamente importante y parece ser uno de los más candentes en este momento postconciliar. No es una cuestión de detalle, sino que es el momento crucial de la relación entre Iglesia y mundo, vida cristiana y compromiso terrestre. Una opción en este campo supone una serie de tomas de posición que caracterizan el conjunto de la vida y del pensamiento cristiano. De la vida y del pensamiento. Porque es en primer lugar una cuestión práctica: en el sentido de las grandes orientaciones de la persona y de la comunidad cristiana, de las que caracterizan una época. Por otra parte tiene muchas implicaciones doctrinales e impone, como veremos, una elección entre dos teologías y y más radicalmente entre dos antropologías.

Por lo tanto, constituye un aspecto fundamental de la imagen de la Iglesia que tiene que ser el signo de la presencia de Dios en el mundo.

* El P. Giraldi es un teólogo salesiano, consultor del "Secretariado para los no creyentes", uno de los mejores especialistas católicos en ateísmo contemporáneo.

Como experto en el Concilio Vaticano II participó en la preparación de la Constitución "Gaudium et Spes", en especial en su párrafo sobre el ateísmo.

Actualmente es profesor en el Instituto Católico de París y director de la monumental enciclopedia "El ateísmo contemporáneo".

Ha tomado parte activa en los coloquios internacionales entre cristianos y marxistas.

El texto que presentamos a nuestros lectores es la conferencia que pronunció en Bilbao en la V Semana de Teología de la Universidad de Deusto sobre "Vida cristiana y compromiso terrestre".

Al mismo tiempo este problema nos pone delante de un momento fundamental de la división de la Iglesia postconciliar. Esta se encuentra delante de tensiones teóricas y prácticas agudas en todos los campos, casi como si se tratara de dos Iglesias. Una de las tensiones más graves es la división de clases.

Este problema compromete directamente la imagen de la Iglesia como comunidad; pero implica al mismo tiempo toda una espiritualidad personal, una manera de concebir el amor, de situarse frente al mundo.

El Concilio se ha concluido con el documento sobre la Iglesia en el mundo de hoy, en un clima de diálogo, de reconciliación, casi de idilio. Se ponía así en contraste abierto con el "Silabus", especialmente con la famosa condena de la proposición que decía: "La Iglesia se tiene que reconciliar con la civilización moderna". El Concilio Vaticano II quiso realizar precisamente esta reconciliación.

Pero el idilio ha durado poco. Pronto se ha manifestado entre la Iglesia y el mundo una incompatibilidad de caracteres y parece que nos encontramos hoy ante una instancia de divorcio. El encanto se ha roto apenas se ha tomado conciencia del contenido explosivo de esta apertura. Al afrontar los problemas del mundo, la Iglesia tuvo que juzgar su sistema social y muchos cristianos sintieron la exigencia de ponerlo radicalmente en cuestión.

Además, la Iglesia se dio cuenta progresivamente que poner en cuestión este sistema era ponerse en cuestión a sí misma, en la medida en que ella estaba comprometida con él, en la medida en que ella había asimilado en su propia vida, doctrina, mentalidad, estructura el estilo del mundo.

Hay otro itinerario que nos lleva al mismo problema: es la actitud de la Iglesia frente a los pobres. La nueva sensibilidad al problema de los pobres es el aspecto fundamental de la apertura al mundo. La Iglesia se ha vuelto a descubrir como Iglesia de los pobres. Ha intuido que convertirse a Dios quiere decir convertirse a los pobres. Pero el discurso se ha vuelto más complejo y turbador cuando se han ido poniendo en evidencia algunas implicaciones de esta conversión. Porque convertirse a los pobres no sólo quiere decir amarlos, sino comprometerse en su liberación, participar en su lucha, ponerse abiertamente contra los opresores.

Convertirse a los pobres es hacer una elección

de algunos contra otros, de los oprimidos contra los opresores, de los pobres contra los ricos: no se puede estar sinceramente con los oprimidos sin alistarse contra los opresores. Ahora bien, ponerse contra los opresores es hacer una elección de clase, de una clase contra otra. Y es una elección que divide a la Iglesia e introduce la lucha en su misma vida. Porque muchos de los ricos, la gran mayoría de ellos, son cristianos.

Por lo tanto habrá que luchar propiamente contra aquellos hombres en quienes quizá muchos cristianos pensaban cuando proyectaban abrirse al mundo: bien pensantes, los exponentes más poderosos de la política, industria, cultura, etc.; contra personas e instituciones que a lo mejor apoyan a la Iglesia y le proporcionan los medios para desarrollar su misión, le aseguran una posición de potencia.

La apertura al mundo, que parecía y era, en cierto sentido, una llamada a la reconciliación, se convierte en una declaración de guerra.

Y esto provoca en el espíritu de la mayoría de los cristianos un sentimiento de resistencia y de rebelión que encuentra fundamento y expresión en muchos documentos oficiales. Todos podemos encontrar esta documentación no sólo en los textos, sino especialmente en la mentalidad del ambiente cristiano, y quizá en la nuestra, porque este pasado no es tan remoto, mejor dicho, todavía no es pasado.

3. ¿Qué es la lucha de clases?

Antes de afrontar directamente el problema que-remos preguntarnos qué es, en una primera aproximación, la lucha de clases. La lucha de clases es al mismo tiempo un hecho y un método. Es un hecho: es decir, la división de la sociedad en clases irreductiblemente antagonistas entre ellas, en sus intereses económicos, políticos, sociales y por lo tanto, en su cultura. Más precisamente, la división de la sociedad entre opresores y oprimidos, entre los que deciden y los que ejecutan. Este hecho es además considerado como una ley histórica: es decir, que puestas ciertas condiciones, por ejemplo, el régimen de propiedad privada de los grandes bienes de producción, la lucha se vuelve necesaria. Es una ley histórica también en el sentido de que la lucha de clases condiciona necesariamente otros aspectos de la vida social, y por lo tanto, es un factor fundamental de la evolución histórica.

La lucha de clases es además un método que se impone a las clases oprimidas para liberarse, en el sentido de que la transformación de la sociedad pasa por una iniciativa solidaria, sistemática, de lucha de las clases oprimidas contra las clases dominantes. Por lo tanto, la lucha de clases expresa el estado de alienación y el método para solucionarlo: una situación impuesta y una iniciativa tomada.

4. Objeto de nuestra reflexión

Queremos examinar aquí más detenidamente las relaciones entre cristianismo y lucha de clases. Queremos en primer lugar analizar la condena de la lucha de clases en su sentido profundo, en sus razones. En segundo lugar, queremos describir el cambio de perspectiva al cual parece llamada la conciencia cristiana sobre este problema.

— I —

EL RECHAZO CRISTIANO DE LA LUCHA DE CLASES

En primer lugar, queremos examinar el rechazo cristiano de la lucha de clases como hecho y como método.

1. Contenido de este rechazo

a) Rechazo de la lucha como hecho

Hay una tendencia constante en la cultura cristiana a no reconocer la división de la sociedad en clases en su radicabilidad, y a no condenarla en su injusticia y por consiguiente a no comprometerse para eliminarla. Se dice, en primer lugar, que las varias clases no tienen intereses contrastantes sino convergentes; al clasismo se opone el interclasismo. Los contrastes no son debidos al sistema sino a las debilidades de los hombres, por lo tanto, se pueden eliminar dejando intacto el sistema de las relaciones; trabajando en la dirección de la armonía y de la colaboración de las clases, en la dirección de las reformas y no de la revolución. La división en clases no es que tome un aspecto de desorden sino que expresa una diversidad de capacidades, de tareas que está inscrita en la naturaleza de las cosas; y por lo tanto traduce la voluntad de Dios.

Esto vale especialmente en lo que se refiere a la dependencia de unos con respecto a otros, de unos

hombres a otros: estaría en la naturaleza de las cosas que algunos hombres se encuentren en una situación sistemática de dependencia, porque la voluntad de Dios les ha confiado a algunos una tarea de dirección en la historia, una especie de misión paternal, y estos son los ricos, los poderosos, las autoridades; los otros tienen que desarrollarse y realizarse aceptando esta dependencia en espíritu de obediencia.

Por lo tanto, todo intento de modificar esta situación es subversivo porque se pone en contraste con la naturaleza y con la voluntad de Dios; además, es utópico porque la naturaleza es inmutable.

Esto nos prepara a entender el juicio que se da sobre la lucha de clases como método: la imagen lúgubre y sanguinaria que siempre se presenta de ella en una cierta literatura cristiana; y el sentido de la reacción que se le opone.

b) Rechazo de la lucha como método

La condena de la lucha de clases como método se refiere a los objetivos de la lucha, a sus motivos y a sus medios. Los objetivos tienen que ser condenados porque consisten en romper el orden establecido por la naturaleza y por Dios; en romper las dependencias naturales, y por lo tanto, en crear una situación de desorden, de anarquía, de capricho. La lucha es fuente de desorden, porque lo que estaba antes era el orden.

Los MOTIVOS de la lucha con un aspecto muy importante del conflicto con el cristianismo. La lucha de clases tendría como motivo fundamental el odio, el resentimiento, el egoísmo de los obreros, de los trabajadores, de los pobres. Se establece una identificación entre lucha y odio; la lucha despertaría un desencadenamiento de instintos, de pasiones, de resentimientos, de una voluntad de venganza: por lo tanto, se opone a un elemento tan fundamental en la vida cristiana como es el amor.

Finalmente, se condena la lucha de clases por los MEDIOS de los cuales se sirve: violencia y sangre, abuso de poder por parte de las masas organizadas, prácticamente el recurso a todos los medios.

2. Razones de este rechazo

Si esta es la lucha de clases, si es una cosa tan oscura y atroz, ¿quién no la condenaría? Se podría entonces concluir el discurso diciendo que la Iglesia

ha condenado un cierto tipo de la lucha de clases; pero que, si el sentido de esta lucha fuera distinto, la condena no valdría. Esta operación nos permitiría, por un lado, comprender y justificar la posición de la Iglesia, y, por otro, movernos con libertad en la elaboración y realización de nuevas perspectivas.

Sin embargo, las cosas no son tan sencillas, porque la Iglesia tiene esta imagen de la lucha de clases pero no tiene otra; por lo tanto, sus directivas prácticas se fundan en ella.

Esto, además, tiene raíces profundas en el conjunto de la vida y del pensamiento cristiano: raíces culturales o doctrinales y raíces estructurales o sociales.

a) Razones culturales

Tiene en primer lugar raíces culturales. La actitud frente a la lucha de clases no es una elección de detalle sino que implica toda una visión del cristianismo y como presupuesto de ella una ontología y una moral, una visión de la realidad y de los valores. Supone concretamente una visión de la realidad estática, jerárquica (es decir, con relaciones de dependencia entre los hombres, establecidas por la Naturaleza), providencialística (es decir, que atribuye los cambios únicamente a la iniciativa de Dios, y por lo tanto, pone al hombre delante de un mundo ya hecho y de una sociedad establecida).

Esto vale más especialmente en la concepción del amor, concepción individualística e irénica que consiste en querer a los hombres así como están y no preocuparse de transformarlos. De aquí una versión del cristianismo, una mentalidad, una cultura; y por consiguiente un cambio de posición sobre este tema implicaría una cierta revolución cultural.

b) Razones estructurales

Tiene también, esta actitud, razones estructurales. La imagen de la lucha de clases que hemos descrito corresponde perfectamente a la de la literatura burguesa; esta afinidad la hay también en el tono afectivo con que se presenta. Ahora, una religión de este tipo es muy útil para la conservación social. Esto pone el problema de una ósmosis entre la mentalidad cristiana y la cultura dominante, la de la clase burguesa. La doctrina interclasista es de hecho muy clasista, y se pone desde el punto de vista de la clase dominante. El marxismo

dice que efectivamente la religión forma parte de la cultura burguesa y que está creada por las exigencias de las luchas de clases como instrumento de conservación. Esta sería la explicación adecuada de la Religión. Dios aparece en esta perspectiva como enemigo de clase.

Todos los que tenemos la experiencia de la originalidad de la dimensión religiosa nos damos cuenta que la lucha de clases no es una explicación adecuada de ella, que hay algo en esta relación con Dios que supera toda explicación histórica. Pero el condicionamiento clasista puede engendrar una cierta actitud religiosa, puede determinar una cierta flexión de la vida y del pensamiento. Esto es tanto más fácil cuanto más la Iglesia se encuentra favorecida, poderosa, aliada al trono, y por lo tanto se identifica sociológicamente con la clase dominante. Es necesario que tomemos conciencia científicamente de estos condicionamientos, no cierto para disolver el evangelio, sino para denunciar el compromiso de la Iglesia con la cultura burguesa en un movimiento valiente de autocritica, para buscar las causas de una situación tan grave, para restituir el mensaje a su pureza evangélica.

— II —

LA NUEVA CONCIENCIA CRISTIANA FRENTE A LA LUCHA DE CLASES

Premisas

Esta actitud provoca una tensión interior en el espíritu de muchos cristianos entre fidelidad a la Iglesia y fidelidad a la clase obrera, entre fidelidad a la Iglesia y fidelidad a los pobres. Es el problema de muchos militantes obreros y también de muchos estudiantes que han descubierto el ideal revolucionario. Creo que hemos asistido todos a esta experiencia tan rica y tan prometedora de jóvenes que en pocos años, a veces en pocos meses, han llegado a una manera nueva de concebir la vida y su entrega. Este es uno de los aspectos más interesantes de los movimientos estudiantiles. Ahora bien, muchas veces, estos jóvenes, que eran de formación católica se han encontrado en una crisis provocada precisamente por el conflicto entre los ideales revolucionarios que iban descubriendo y la formación católica que habían recibido y que se expresaba también en la "doctrina social de la Iglesia". Tensión que

ha llevado en muchos casos a una ruptura; porque si es que se trata de escoger, muchos están dispuestos de escoger contra la Iglesia.

Siempre me acuerdo de un obrero que hace unos cuantos meses al final de una conferencia mía, precisamente sobre la lucha de clases, me dijo: "Yo, Padre, he dejado la Iglesia hace 10 años para entrar en el Partido comunista; y la he dejado para defender las ideas que usted ha expuesto hoy". Aquello me causó una gran impresión, y le contesté en seguida: "Precisamente lo que procuramos hacer ahora, es crear una situación en la que ya nadie tenga que dejar la Iglesia por estas razones".

Pero este caso forma parte de un problema más amplio; el de la clase obrera en su conjunto. Se ha hablado de la apostasía de la clase obrera en el siglo pasado y también en la primera parte de este siglo. De hecho, ¿es la clase obrera la que ha abandonado la Iglesia o es la Iglesia la que ha abandonado a la clase obrera? En la clausura del Concilio se ha dirigido entre otros mensajes, un mensaje a los obreros, en el que se habla de profundas incomprendiciones entre la Iglesia y la clase obrera, se dice que por esto la Iglesia y los obreros han sufrido; y se concluye: "hoy la hora de la reconciliación ha llegado".

En la Constitución sobre la Iglesia en el mundo de hoy se habla de la responsabilidad de los creyentes en el origen del ateísmo. Esto vale particularmente en el campo social donde la actitud de los cristianos ha preparado la reacción marxista en su componente atea. Ahora bien, la renovación de la Iglesia, la reconciliación entre ella y la clase obrera, la respuesta profunda y global al ateísmo supone una seria autocrítica, una verdadera humildad comunitaria. No se trata de reconocer culpas genéricas, sino, lo que es mucho más difícil, culpas concretas, determinadas: en esta situación, delante de este problema, debemos reconocer que nos hemos equivocado. Esto es necesario no sólo para dar la sensación de sinceridad sino sobre todo para crear un movimiento de verdadera conversión comunitaria. La humildad personal parece una virtud y la humildad comunitaria no: admitimos que el individuo tiene que reconocer sus culpas, y que ésta es una virtud muy importante, pero no admitimos que la comunidad también las tiene que reconocer. Ahora bien, lo que provoca la reacción atea no son las culpas de los individuos sino mucho más las culpas

comunitarias porque son las que más contribuyen a engendrar una cierta imagen de la Iglesia.

Es muy importante que en este momento la Iglesia se muestre capaz de reconocer sus culpas delante de Dios, Quien sólo es santo. En esta nueva reflexión cristiana, en esta sincera y humilde autocrítica, la lucha de clases tiene un lugar privilegiado.

Pero más allá de la crítica, se trata hoy de presentar una alternativa positiva al ateísmo, enseñando concretamente la posibilidad de ser fiel a la Iglesia y a la clase obrera. ¿En qué consiste esta nueva orientación de la conciencia cristiana frente a la lucha de clases?

1. Frente a la lucha de clases como hecho

Por lo que se refiere a la lucha de clases como hecho, es decir, a la división de la sociedad en clases antagonistas, la cuestión antes de ser ética o religiosa es histórica. La lucha está en las cosas, lo queramos o no. No tenemos que escoger si admitir o no la lucha de clases, sino por qué parte alistarnos. Negar el hecho o quererse quedar fuera de la lucha es en último término una manera de alistarse por la parte del orden instituido.

Además, esta división de clases, la nueva conciencia cristiana ya no puede reconocerla como legítima y como fatal. La revolución de la conciencia humana penetra y transforma la conciencia cristiana, le imprime un nuevo sentido de la dignidad de la persona, que ya rehusa a considerar como normal una condición de esclavitud; la siente como una alienación porque ha descubierto la libertad como un derecho y como un deber.

De esta conciencia forma parte también un nuevo sentido de la historicidad, una visión dinámica, que ya no considera el mundo como algo hecho, consumado, sino como una tarea que Dios confía al hombre para que la desarrolle, para que se asocie a su compromiso creador. Tantas cosas que parecían naturales se han manifestado, especialmente en estos últimos años, como sujetas a la acción del hombre, a sus posibilidades transformadoras. El hombre ha tomado una conciencia más completa de sus poderes y de sus responsabilidades y está tomando en sus manos la iniciativa histórica. La nueva apreciación de la lucha de clases se inserta en todo un universo nuevo.

2. Frente a la lucha de clases como método

Frente al método de la lucha de clases, el punto central del método, cambio de perspectiva, es la distinción entre lucha y odio. Se rechaza la lucha de clases en la medida en que es expresión del odio, en la medida en que no se puede distinguir del odio, y en esto hay una continuidad entre la actitud actual y la doctrina tradicional. La novedad viene del diverso modo de interpretar las exigencias del amor, porque precisamente el nexo entre lucha y odio no parece necesario, aunque la distinción pueda ser en concreto bastante difícil. El evangelio nos manda amar a los enemigos; no nos dice que no los tengamos o que no los combatamos. Así que no hay incompatibilidad entre amor y lucha de clases.

Aún más, un amor cristiano serio implica comprometerse por la liberación de los oprimidos; y por la transformación global del sistema que "fabrica" los pobres; y por consiguiente implica luchar contra las resistencias inevitables de todas las fuerzas interesadas en la conservación: los privilegiados, los poderosos, los ricos.

La experiencia histórica muestra que la clase privilegiada no renuncia nunca espontáneamente a sus posiciones de poder, sino siempre sólo porque ha perdido la lucha; de aquí la necesidad de la lucha para romper una resistencia tan fuerte y conseguir que el compromiso del amor sea serio y eficaz.

Nos encontramos así delante de un cambio, aún más de giro de perspectiva, que es un típico ejemplo de la profundidad de la renovación doctrinal y práctica que se hace cada día más urgente. No sólo el amor no excluye la lucha de clases, sino que la exige. No se puede amar a los pobres sin alistarse a su lado en su lucha de liberación. La lucha de clases viene a ser para la nueva conciencia cristiana un imperativo indisoluble del mandamiento del amor.

3. Algunas consecuencias de este cambio

a) Nuevo sentido del amor

Esto le da al amor cristiano un sentido nuevo: amor no estático sino dinámico, transformador, con la tarea no sólo de reconocer el hombre que existe sino de crear el hombre nuevo; amor no individual tan sólo sino comunitario, es decir, con la misión de

crear un mundo nuevo; amor que no sea irónico sino combativo, militante, y que por consiguiente, dé un nuevo contenido a su universalidad.

Porque universalismo no es neutralidad, sino que implica una elección de clase y precisamente la clase que lleva consigo los intereses de la humanidad: de la clase que liberándose liberará al mundo. Por lo tanto hay que amar a todos, pero no a todos del mismo modo: a los oprimidos se les ama liberándolos, a los opresores se les ama combatiéndolos; a los oprimidos se les ama liberándolos de su miseria; a los opresores liberándolos de su pecado. El amor tiene que ser clasista para ser verdaderamente universal.

Esto lleva consigo un nuevo planteamiento de la moral en esta perspectiva, que si cambia el sentido del amor, cambia el sentido de todo. Y aparece así casi una nueva categoría de pecados, la traición de la clase: pecado contra la solidaridad, contra la historia, contra el porvenir; un pecado del cual nadie se confiesa.

b) Nuevo sentido de la unidad de la Iglesia

Por su radicalidad este cambio no se verificará sin tensiones dramáticas en la vida misma de la Iglesia que no puede comprometerse a transformar el mundo sin transformarse a sí misma. Queremos examinar un aspecto de esta tensión: la división que introduce en ella la lucha de clases. Porque la lucha de clases no divide sólo al mundo sino que divide también a la Iglesia. Lucha de clases significa también lucha en la Iglesia y significa romper la unidad tan fatigosamente encontrada; significa romper el diálogo con los creyentes en el mismo momento en que nos estamos abriendo a los no creyentes; significa lanzar una nueva guerra de religión. Aceptar la lucha de clases significa para la Iglesia cambiar el campo pero quedar otra vez de un lado. Ser la Iglesia de unos con exclusión de los otros: no ser la Iglesia de todos.

Pero aquí también la cuestión, antes de ser ética, es histórica. Aceptar la lucha de clases entre los cristianos no significa introducir la división en la Iglesia sino tomar conciencia de la división profunda que ya existe en Ella. Porque los cristianos se encuentran de hecho en las dos partes de la barricada, en la parte de los pobres o en la parte de los ricos.

Una vez más no tenemos que escoger si combatir o no a los cristianos, sino cuáles cristianos tene-

mos que combatir. Tolerar los opresores porque son cristianos querría decir renunciar, porque son cristianos, a condenar su pecado, y por esto, volverse sus cómplices.

En cambio luchar contra hombres y estructuras que avalan con el nombre cristiano la conservación social: no es sólo un deber ético sino religioso. Liberar a los cristianos ricos de sus privilegios es hacerles efectivamente capaces de una fidelidad al evangelio que en su posición de privilegio es a menudo objetivamente imposible. La Iglesia será entonces Madre de todos sólo si toma parte con sus hijos más débiles en contra de los más fuertes, sólo si es capaz de denunciar la injusticia, aunque sea cometida por sus hijos, aún más en primer lugar cuando es cometida por sus hijos. Por lo demás, cuando la Iglesia no ha dudado en condenar la violencia desesperada de los pobres, ¿tendría que dudar en condenar la violencia sistemática de los ricos y de los poderosos? Ciertamente que así corre el riesgo de alejar muchas personas, muchas protecciones; pero son éstas las persecuciones que Cristo le ha anunciado y que le tocarán todas las veces que le sea profundamente fiel. Nos preocupamos mucho de los pueblos donde la Iglesia se encuentra perseguida; tendríamos que preocuparnos también de aquéllos donde no lo está porque aparece como instrumento de orden. La Iglesia puede ser privada de su libertad o porque está reducida a la impotencia o porque está cargada de potencia. El poder temporal ata más que las cadenas.

Esta lucha, la exige no sólo el amor por los pobres, sino también el amor por Cristo y su Iglesia, cuyo nombre tiene que quedar urgentemente dissociado de todas las formas de esclavitud y de todas las versiones del cristianismo que las canonizan. De aquí, el drama que se desencadena donde la Iglesia institucional está comprometida con los poderosos, y fieles sacerdotes se encuentran en la lacerante condición de tener que optar entre la fidelidad a los

pobres, los obreros, y la fidelidad a las instituciones eclesiales, de tener que preguntarse qué elección les impone su amor por Cristo.

Por lo demás, ¿de qué podría ser signo una unidad conseguida a este precio? De todo menos del amor, de todo menos de Cristo. Paradójicamente en este momento, es la división en la Iglesia la que llega a ser signo: para todos los que estaban acostumbrados a pensar en la Iglesia como compacta en la parte del orden establecido y encontraban en esta unidad una razón de escándalo, el hecho de que ella se rompa replantea el problema de Cristo y de la Iglesia en términos nuevos y despierta una nueva esperanza.

El problema de la unidad de la Iglesia no se puede separar de la unidad del mundo. Los dos caminos de la unidad pasan por la liberación de los pobres.

Así la conciencia de clase viene a ser una componente esencial de la nueva conciencia cristiana. Aceptar esto supone un cambio profundo de mentalidad, personal y comunitario, una revolución cultural, propiamente una conversión. Conversión a los pobres y a los oprimidos, que forma parte de la conversión a Dios y es un signo de su autenticidad.

Si todo esto es cierto, entre Cristo y los pobres, entre la Iglesia y la clase obrera ya no hay que escoger. Nadie tendrá que abandonar a Cristo y a la Iglesia para entregarse a los pobres. Nadie tendrá que negar a Dios para afirmarse la liberación de los oprimidos. Al contrario en nuestra fidelidad a Dios, a Cristo y a la Iglesia encontraremos nuevas y más profundas razones de fidelidad a los oprimidos con tal que nuestra entrega sea valiente, capaz de creación de lucha, capaz de comprometernos por ellos y con ellos, capaz de participar en sus sufrimientos y en sus riesgos. Así la Iglesia en este momento de inquietud volverá a ser en el mundo signo de esperanza y de libertad.

La liberación y sus condiciones concretas

Estuardo Arellano

1. EL ORDEN ACTUAL

La permanencia del orden actual es, según el mensaje evangélico, un pecado social (1). Los cristianos estamos en la ineludible obligación de luchar porque desaparezca. Para nosotros no existe otra alternativa. Por lo mismo hacemos, en primer lugar.

2. UNA OPCION ANTICAPITALISTA

Rechazamos el capitalismo, como sistema económico-social que busca en todo la ganancia, porque produce necesariamente la concentración de riquezas en minorías restringidas y la depauperización general del pueblo, con el consiguiente efecto de dominación interna y colonialismo externo. La alienación del hombre y el subdesarrollo de los pueblos es el resultado de este sistema. Hemos llegado a esta conclusión tras un análisis concienzudo del subdesarrollo latinoamericano y de sus verdaderas causas (2).

3. UNA OPCION ALTERNATIVA

- 3.1. Queremos imaginar y proponer otro tipo de organización económico-social, que sustituya al actual, pues estamos convencidos del fracaso de los modelos desarrollistas, tales como la industrialización, el reformismo, la independencia o la integración capitalista.
- 3.2. Presentamos una opción alternativa, que se basa en los siguientes puntos:
 1. El potencial productivo y de socialización de las naciones avanzadas, no debe ser empleado para perpetuar el dominio de restringidas élites mediante la subordinación y la explotación de la clase trabajadora, sino debe ser puesto al servicio de la realización y de la promoción, personal

* El P. Estuardo Arellano S. J., sociólogo ecuatoriano, es el actual coordinador de la Convención Nacional de Presbíteros del Ecuador. Presentamos a nuestros lectores las notas de su exposición realizada en la Segunda Convención, en abril de 1971.

(1) Cfr. Medellín: JUSTICIA, I, 1; PAZ I, 1; M. M., 70.

(2) Cfr. Medellín: JUSTICIA, III, 10; PAZ, I, 3-6; P.P., 8-9, 26; G.S., 63.

- y colectiva, del hombre como persona y de la comunidad de todos los hombres (3).
2. Pensamos en una sociedad en la que los hombres participen de verdad en la decisión y construcción de su propio futuro. A los modos de vida fundados sobre el prestigio que se deriva del dinero y del éxito, a la competencia y promoción individualistas, a la correspondiente formalización de las relaciones interpersonales y de grupo y a la sustancial ruptura de toda dimensión comunitaria, deben sustituir otros modelos auténticamente elaborados y vividos en la libre dialéctica de las relaciones sociales que se fundan en los valores de la solidaridad y de la promoción íntegra, personal y colectiva, del hombre.
 3. La producción no debe ordenarse en función del máximo provecho sino de la máxima satisfacción de las necesidades sociales. Que la liberación de la necesidad, no signifique solamente liberación de la indigencia hasta el bienestar material, sino también y sobre todo liberación del hombre de toda forma de explotación y alienación.
- Finalmente, y en tercer lugar, optamos por:

4. UN NEO SOCIALISMO

- 4.1. Un ideal que conciba al hombre como ser social antes que individual, que valore el trabajo más que la propiedad y que considere a ésta como social antes que individual. Semejante idea ha de desatar un proceso socio-cultural que personalice al hombre, que comunitarice al pueblo y que solidarice a la sociedad nacional.

Pensamos que este ideal más se acerca a un neo-socialismo, que tiene conexiones en lo económico-social, en lo político y en lo cultural (4).

4.2. En lo económico y social

1. Sustituir la lógica del máximo provecho, porque deja insatisfechas las necesidades más subjetivas del hombre y conduce a la alienación personal y colectiva, por la lógica de la máxima promoción del hombre en la libertad.
Sustituir para ello las relaciones de producción capitalistas, fundadas en la apropiación privada de los medios de producción, por relaciones basadas en la reapropiación por parte de los trabajadores, de la comunidad entera, tanto de los medios productivos como de los frutos del trabajo.
2. Como medios para llegar a ello:
 - a) Primero, superación de la propiedad privada de los medios de producción y de explotación mediante la socialización y no la estatización;
 - b) Segundo, democratización mediante nuevas instancias de autogobierno y participación desde abajo;
 - c) Tercero, destinación de la producción por medio de una planificación vinculante y democrática que socialice realmente los beneficios del progreso técnico-científico y los frutos del trabajo humano (5).

(3) Cfr. G.S., 64-66; 69-71.

(4) Cfr. Pastoral de Mons. Manrique Hurtado, Arzobispo de la Paz: "El socialismo en Bolivia".

(5) Cfr. P.P., 25-26.

4.3. En lo político

1. Propugnar un proceso de democratización a todos los niveles, mediante la movilización organizada del pueblo, a fin de institucionalizar la incorporación masiva del pueblo en el poder del Estado (6).
2. Para ello son necesarios: una nueva Constitución política, una nueva organización del Estado, que tenga como célula básica y como pináculo supremo la Asamblea Popular, a fin de salir del dualismo de un régimen a veces dictatorial, a veces parlamentarista de puros intereses económicos.

4.4. En lo educativo-cultural

1. No seguir sosteniendo un sistema educativo que subordina las potencialidades de la persona a la información y adiestramiento, con detrimento de la formación del hombre para la libertad; al utilitarismo y competencia, con detrimento del cultivo de los valores de solidaridad y co-participación. Semejante sistema masifica a los individuos y los instrumentaliza al hacerlo objetos más que sujetos de los procesos sociales. Objetivación y masificación, que se hacen en función de una estructura social, cuyos valores operativos distan mucho de la supremacía del hombre sobre los bienes de la naturaleza y de la concepción de la sociedad como comunidad de personas iguales.
2. Pensamos que educar es promover la persona dentro de valores trascendentes, que lleva al servicio, de tal modo que se compartan los bienes, supuesta la coparticipación de la misma persona. De ahí que la educación debe ser un camino para conseguir una estructuración social igualitaria y de participación.
Toda educación implica la transmisión de una cultura. Cuando la cultura transmitida no es coherente con los modos de comportamiento y las aspiraciones y necesidades de la totalidad de la sociedad, dicha cultura resulta disfuncional y nociva. Más aún, la transmisión de esta cultura de élite resulta anticultural en el contexto de la sociedad global.
3. Pensamos que educar es institucionalizar el paso a la sociedad adulta. Hay que entregar la persona del educando a la totalidad de la comunidad social. Una vida carece de sentido e identidad social, si no está dirigida a toda la comunidad. Un sistema educativo que entrega la persona, no a la sociedad total, sino a la clase, a la élite, mutila el mundo de los educandos y a los educandos mismos.

5. EL CRISTIANISMO Y LA IGLESIA EN LA NUEVA SOCIEDAD

- 5.1. Un aspecto fundamental del cristianismo es la afirmación de la caridad como centro de la vida cristiana; de la Fe como compromiso de respuesta a Dios en servicio de los demás; de la esperanza como energía de un mundo que hay que renovar hoy y hasta su plenitud. El mensaje central ineludible es la Persona de Cristo: el acontecimiento de un Dios Creador, que se hace hombre, muere, resucita y funda la Iglesia al servicio del mundo, para liberarle del egoísmo. Un Cristo que quiere que todos se salven, un Cristo uni-

(6) Cfr. G.S., 73, 74.

versalista, pero con clara vocación de servicio a los más necesitados y a los que quieren escuchar y ponerse al servicio de la Buena Nueva.

- 5.2. Sería traicionar el Evangelio el seguir soportando una estructura socio-económica que favorece el distanciamiento entre los hombres, la dominación de unos y la dependencia de otros. Ciertamente que Cristo predicó fundamentalmente la conversión interior de cada uno; pero su doctrina, por pública, debe cambiar lo que condiciona nuestro egoísmo: esto es, toda estructura esclavizante e injusta, radicalmente contraria al espíritu cristiano.
- 5.3. En consecuencia pensamos que:
 1. La Iglesia como fenómeno histórico-social, no puede ser neutra sino que tiene una dimensión y una influencia política.
 2. La Iglesia es la portadora de un mensaje de libertad subversiva dentro de una sociedad que se siente emancipadora. Esto en virtud de la fe de los cristianos, que es la realización del memorial de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, por la que el Reino de Dios se manifiesta a los hombres.
 3. La espiritualidad de la Iglesia debe ser la de una libertad liberada, que hace de la sociedad el objeto de su crítica. Esta libertad no puede reducirse a una mera postura intelectual sino que entraña el dolor, la perseverancia, la impaciencia, la oración. Y es en la acción donde la oración se despoja de la sospecha de ser un opio del pueblo.
 4. La Iglesia tiene que fomentar el espíritu crítico, la responsabilidad adulta, la opinión pública para lograr pasar de una libertad proclamada a una libertad inscrita en las estructuras y una cultura de la libertad en el seno de la Iglesia (7).
- 5.4. En lo que se refiere al cristiano:
 1. No se desprende de la fe cristiana ni de la concepción cristiana de la vida ninguna opción política individual o de grupo. Es de todos los hombres la construcción de la nueva sociedad y en ella el cristiano ha de llevar la iluminación de una vivencia interior. No se trata de construir un socialismo cristiano, porque éste no es una metodología política sino un sistema de valores, una proposición de vida y en su dimensión histórica, una tensión de perfeccionamiento total del hombre y de todos los hombres. Pero es claro que una opción neosocialista no es incompatible con la doctrina cristiana (8).
 2. En la doctrina cristiana el derecho verdaderamente natural es el de la participación personal de todos en el dominio de los bienes, no el de la titularidad de la propiedad o el de la posesión misma de los bienes (9)

(7) Cfr. J.B. Metz: Ponencia sobre la presencia de la Iglesia en la sociedad. Congreso Teológico de Bruselas.

(8) Emilio Gabaglio: Una auténtica opción socialista no es incompatible con el cristianismo. Ponencia en la XVIII Asamblea de la ACLI.

(9) Cfr. P.P., 25.

Voz latinoamericana en el Sínodo

La II Asamblea General del Sínodo Episcopal que será inaugurada el 30 de setiembre de este año durará un mes aproximadamente y tratará dos grandes temas: El sacerdocio ministerial y La justicia en el mundo. Los trabajos se desarrollarán en Ciudad del Vaticano con la asistencia de 213 eclesiásticos 140 elegidos por las Conferencias Episcopales, 14 de las iglesias orientales, 10 superiores religiosos, 19 presidentes de los dicasterios romanos, el Secretario del Sínodo y los miembros nombrados por el Papa, en número no superior al 15 por ciento del total de participantes.

La Secretaría del Sínodo facilitará a los participantes una vasta documentación sobre la temática a tratar, documentación basada en las observaciones a los esquemas que los obispos remitan a la Secretaría. Pero los dos documentos base serán el punto de partida para los debates.

El debate sobre el sacerdocio podría ocupar a los padres sinodales unas tres semanas y a continuación se pasaría al segundo tema. En cuanto a las relaciones entre sacerdotes y laicos, se informó en el Vaticano, se espera que el Consejo de Laicos ofrezca un posible documento más completo que se añadiría al "dossier" del Sínodo a título de documentación.

En cuanto al tema de la justicia en el mundo, podrán ser llamados expertos a fin de que esclarezcan algunos puntos en presencia de los obispos.

Respecto a la Lex Fundamental, Derecho Canónico, durante la celebración del Sínodo, el cardenal Pericle Felici, presidente de la comisión de estudio, presentará una síntesis de aquellas respuestas de los episcopados, dando a conocer qué posiciones han adoptado las distintas conferencias episcopales. No se excluye que siga una breve discusión, "si hay tiempo", pero el tema no es precisamente de los sometidos a examen.

Los trabajos de la Asamblea se desarrollarán, en líneas generales, como en 1969. En las sesiones plenarias serán presentados los temas; luego, serán discutidos en grupos lingüísticos. Participarán algunos sacerdotes como auditores; tomarán parte de las sesiones plenarias y en los círculos; en éstos podrán expresar sus opiniones, no como miembros del Sínodo, sino como sacerdotes, "en el caso que algunos obispos lo solicitaran".

América Latina estará presente en el Sínodo Episcopal no solo por los Obispos delegados de cada país, sino también por la reflexión y el aporte. Ofrecemos a nuestros lectores algunos documentos latinoamericanos que reflejan nuestra voz en el diálogo de la Iglesia universal.

1) habla el Episcopado peruano

INTRODUCCION:

LA REALIDAD NACIONAL

La experiencia peruana

1. La Iglesia peruana se encuentra en un país que vive una encrucijada de su historia, en la que está presente la voluntad de nuestro pueblo de forjar una sociedad más justa. Esta experiencia, con sus aciertos y ambigüedades, es un aporte para la comunidad de naciones y de Iglesias en el mundo. La historia de cada pueblo es patrimonio común de una historia solidaria de la humanidad en el designio salvador de Dios.

Situación de dependencia

2. Compartimos con las naciones del Tercer Mundo el ser víctimas de sistemas que explotan nuestros recursos económicos, controlan nuestras decisiones políticas, nos imponen la dominación cultural de sus valores y de su civilización de consumo. Esta situación, denunciada por el episcopado latinoamericano en Medellín, se refuerza y mantiene por la estructura interna de nuestros países, de creciente desigualdad económica, social y cultural, de perversión de la política que no sirve al bien de todos sino al de unos pocos.

Voluntad de cambio

3. Compartimos también con estos países el esfuerzo por una liberación. En nuestro país, por circunstancias históricas surge una aspiración por la liberación en todo orden. Es el resultado de la miseria de los marginados, de su organización en grupos de presión y de su lucha; es efecto también, de la interpretación de nuestra realidad como subproducto del desarrollo capitalista de la sociedad occidental, considerada como centro del sistema. Esta interpretación lleva a quienes detentan actualmente el poder político a tomar medidas que significan un inicio de romper la dominación interna y externa. Tales medidas son, por ejemplo, el intento de recuperación de nuestros recursos naturales, la repatriación de capitales y control de divisas, la reforma agraria, creación de comunidades laborales, la reforma de la educación, el apoyo a la movilización social. Estas medidas apuntan hacia una reafirmación de nuestra soberanía, hacia un mayor control de la economía por parte del Estado: hacia la más justa distribución del ingreso entre los sectores campesinos, hacia la participación de los trabajadores en las utilidades, gestión y propiedad de las empresas; hacia la capacitación del sentido crítico para confrontar creadoramente la respuesta del hombre peruano ante su medio y su destino histórico, hacia la participación del pueblo como agente de su propia liberación.

Presiones externas

4. Cuanto más empeño se pone en el cambio, más se evidencian las fuerzas de la dominación. La presión externa recrudece sus medidas represivas con sanciones económicas en el mercado internacional, en el control de los préstamos y demás ayudas. Las agencias noticiosas y los medios de comunicación, bajo el control de los poderosos, no expresan el derecho de los débiles y deforman la realidad filtrando interesadamente las informaciones.

Presiones internas

5. La resistencia al cambio se manifiesta también por presiones internas: los grupos dominantes luchan por no dejar sus privilegios; se retraen los capitales para obstaculizar el proceso de cambio, con evidente menosprecio de las vidas humanas que serán afectadas por el desempleo; los valores individualistas de la sociedad de consumo determinan la actitud reticente de las clases medias; los sectores populares largamente alienados por una historia de dominación, no logran descubrir los cauces y el sentido de su participación, desorientados ante políticas represivas o ante manipulaciones poco honestas de grupos políticos. Estos sectores, ilusionados falsamente por la propaganda de una sociedad de consumo, con frecuencia sólo buscan la promoción individual que les saque de su medio, sin solidarizarse con sus hermanos de clase en una promoción total. La presencia de los cristianos es ambigua, manifestando unos el apoyo decidido a las medidas de cambio, e incluso, exigiendo una mayor radicalización de ellas, mientras que otros pretenden justificar desde su le la defensa de sus privilegios, por la carencia de una visión más amplia de la solidaridad basada en el Evangelio.

La experiencia de la Iglesia

6. Ante esta situación surgen en la comunidad cristiana opciones por los oprimidos, identificándose con sus problemas, sus luchas, sus aspiraciones. Muchos cristianos ven iluminado su compromiso por una teología, que al partir de la fe, interpreta esta realidad como una situación de pecado y una negación del plan de Dios, y que mueve al compromiso por la liberación como una respuesta al Señor que nos llama a construir la historia. La Iglesia descubre así la inevitable implicancia política de su presencia, y que no puede anunciar el Evangelio en una situación de opresión sin remover las conciencias con el mensaje de Cristo liberador. Ve en la pobreza evangélica la expresión de su solidaridad con los oprimidos y la denuncia de pecado de la sociedad opresora de consumo, creadora de necesidades artificiales y de gastos superfluos. Percibe la urgencia de abrirse a los problemas del mundo para ser fiel a su misión, ya que en el pasado y aún ahora, tiende a vivir encerrada en sus problemas

internos y corre el riesgo de no ser signo, si se mantuviera ausente de las angustias y preocupaciones de los hombres.

PRIMERA PARTE

POR UN MUNDO JUSTO

Justicia y santidad

7. El problema de la justicia en el mundo es "el problema central de la sociedad mundial de hoy" (Documento romano para la preparación del Sínodo). Y la realización de la justicia entre los hombres está en el corazón del mensaje bíblico. Obrar la justicia es conocer, es decir, amar, a Dios (cf. 1 Jn. 2, 29).

Cuando la justicia entre los hombres no existe, Dios es ignorado. Por eso, dice Medellín que "allí donde se encuentran injustas desigualdades sociales, políticas, económicas y culturales, hay un rechazo del don de la paz del Señor; más aún, un rechazo del Señor mismo" (Paz, 14).

La justicia, entendida como santidad, donde el Señor, es el fundamento último de la justicia social. Pero ésta es, a su vez, respuesta necesaria e insustituible a la primera. Luchar por establecer la justicia entre los hombres es comenzar a ser justo ante el Señor. Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables.

Liberación y salvación

8. Construir una sociedad justa en América Latina y en el Perú, significa la liberación de la actual situación de dependencia, de opresión y de despojo en que viven las grandes mayorías de nuestros pueblos. La liberación será, por un lado, ruptura con todo aquello que mantiene al hombre imposibilitado de realizarse como tal, personal y comunitariamente; y por otro lado, es construcción de una sociedad más humana y fraterna.

La salvación de Cristo no se agota en la liberación política, pero ésta encuentra su lugar y su verdadera significación en la liberación total anunciada incesantemente por la Sagrada Escritura, llevando al hombre a su dignidad de hijo de Dios (Cf. Medellín, Justicia, 3). Un pueblo de Dios que promueva a todos los hombres y a todo el hombre (PP. 14) es lo que Dios quiere y la humanidad espera (cf. GS, 11).

Para la comunidad eclesial peruana esto implica optar por los oprimidos y marginados, como compromiso personal y comunitario. Esta opción no excluye de nuestra caridad a ningún hombre, antes bien optar por quienes hoy experimentan las formas más violentas de la opresión es para nosotros una manera eficaz de amar también a quienes, quizá inconscientemente, están oprimidos por su situación de opresores.

Participación en el proceso de liberación

9. El hombre debe ser artífice de su propio destino (cf. PP. 15), responsable ante la historia, creador de su propia

cultura y civilización; lo que se hace aún más urgente en el proceso de cambio socio-político que vivimos.

Esto significa que el pueblo debe tener una participación real y directa en la acción revolucionaria contra las estructuras y actitudes opresoras y por una sociedad justa para todos. Esa participación se manifestará en la toma de conciencia crítica y en la actividad creadora que urgen la existencia de canales de participación en las decisiones. Sólo así podrá evitarse la ficción de una democracia formal encubridora de una situación de injusticia: "Efectivamente, si más allá de las reglas jurídicas falta un sentido más profundo de respeto y de servicio al prójimo, incluso la igualdad ante la ley, podrá servir de coartada a discriminaciones flagrantes, a explotaciones constantes, a un engaño efectivo" (OA, 23).

Esta participación rebasa los límites de una ley u organismos del Gobierno, aunque estos fuesen destinados a favorecerla. Pues ha de evitarse que la participación popular se encauce solamente en una línea preestablecida o bajo un caudillaje político. Debe ser un proceso creador y autónomo.

Por lo demás, no hay participación política sin participación económica. Por eso tenemos que afirmar que el trabajo da legítimo y primordial título de propiedad sobre los bienes. Esto implica una nueva concepción humanista fundamental del proceso económico, y una superación del modelo capitalista, donde el capital fue privilegiado, considerándose al trabajo como una simple mercancía.

Como consecuencia de esta concepción del trabajo, se sigue la necesidad de superar la exclusiva apropiación privada de los medios de producción y promover una propiedad social que responda más eficazmente a la significación del trabajo humano y al destino universal de los bienes. Dios Creador ha puesto los bienes para todos los hombres.

Más aún: la gestión de la empresa ha de ser patrimonio de todos los que trabajan en ella, como forma específica de la movilización y participación social. Ha de evitarse, por tanto, no sólo el predominio del capital sobre el trabajo, sino también el paternalismo y la manipulación posible por parte de dirigentes o empresarios, y ha de fomentarse el interés por los compañeros de empresas menos favorecidas y por el bien del país.

Una nueva sociedad

10. Lo antedicho y la experiencia de nuestro pueblo lleva al rechazo del capitalismo, tanto en su forma económica como en su base ideológica que favorece el individualismo, el lucro y la explotación del hombre por el hombre.

Por tanto ha de tenderse a la creación de una sociedad cualitativamente distinta. Entendemos por tal, una sociedad en la que rige la "voluntad de justicia, de solidaridad y de igualdad" (OA 31), que responde a la "aspiración generosa y la búsqueda de una sociedad más justa" (OA, 31) y en la que se realicen "los valores, en particular, de libertad, de responsabilidad y de apertura a lo espiritual, que garanticen el desarrollo integral del hombre" (OA 31).

Ahora bien, para que se dé una sociedad de este tipo es menester que la educación de todo el pueblo sea hecha en el sentido social y comunitario de la vida humana, en el ámbito total que abarca la cultura, la economía, la política y la sociedad entera. Por eso, tantos cristianos reconocen hoy día en las corrientes socialistas, así entendidas "un cierto número de aspiraciones que llevan dentro de sí mismos en nombre de su fe" (OA 31).

Una educación, así concebida, conduce a la creación de un hombre nuevo y de una nueva sociedad. Un hombre social y una sociedad comunitaria, en la que la democracia sea real por la participación política efectiva de los miembros de la sociedad, por la propiedad social de los bienes de producción, por una concepción y una práctica humana del trabajo, por una sumisión del capital a las necesidades de toda la sociedad. Por consiguiente esa sociedad así entendida, excluye en su concepción a ciertos socialismos históricos que no admitimos por su burocratismo, por su totalitarismo o por su ateísmo militante.

Propuestas al Sínodo

11. Frente a la situación de injusticia que presenta el tipo de educación generalizado en los países del Tercer Mundo, especialmente en América Latina, por sus características clasistas y su orientación a formar seres dependientes, individualistas y pasivos,

proponemos que la Iglesia rechace este tipo de educación y se comprometa a canalizar sus esfuerzos y recursos dedicados a la educación en favor de una orientación liberadora.

12. Frente a la situación de injusticia en que se encuentran gran cantidad de grupos etno-culturales, calificados de "indígenas o nativos", que son atropellados sin reconocerles ni sus mínimos derechos como hombres con graves peligros para su supervivencia cultural y aún biológica,

proponemos que la Iglesia exija el reconocimiento de sus derechos básicos mediante: a) la reafirmación de la realidad humana del nativo y el respeto máximo de su cultura, lo que exige el derecho de ser reconocidos legalmente como personas y como grupos; el derecho de propiedad sobre las tierras que necesitan y habitan desde tiempo inmemorial, el derecho de vivir dignamente y el derecho de ser "diferentes";

b) considerar obligación de la Iglesia descubrir, conocer y apreciar los valores de estos grupos étnicos que muestran la presencia de Dios y de Cristo encarnado en su historia;

c) estar convencida de que tiene el deber primordial de realizar la justicia entre los indígenas como única base para la verdad, el amor y la paz de la Buena Nueva: Cristo.

13. Ante el surgimiento de gobiernos que buscan implantar en sus países sociedades más justas y humanas

proponemos que la Iglesia se comprometa en darles su respaldo, contribuyendo a derribar prejuicios, reconociendo sus aspiraciones y alentándolas en la búsqueda de un

camino propio hacia una sociedad socialista, con contenido humanista y cristiano, reconociendo el derecho a la expropiación de bienes y recursos, tanto cuando su tenencia cause graves daños al país, (PP, 24), como cuando la acumulación injusta de riqueza se haga dentro de marcos legales.

14. Frente a la política represiva de todo gobierno, y más aún de los que en nombre de la civilización cristiana utilizan la violencia e inclusive la tortura sobre hombres

proponemos que la Iglesia condene esos métodos represivos, y reconozca el derecho que asiste a esos hombres a luchar por la justicia y manifieste solidaridad con sus ideales, aunque no apruebe siempre sus procedimientos.

15. Frente a la retracción de inversiones por parte de los países desarrollados en aquellos países que —condicionando las inversiones extranjeras a sus objetivos políticos nacionales— luchan por su autonomía pero ven obstaculizado su desarrollo por dicha retracción de inversiones que imposibilita la creación de puestos de trabajo y causa hambre, miseria y desocupación,

proponemos que la Iglesia universal denuncie esta traición a la fraternidad humana, aprovechando los foros internacionales para expresar su protesta.

igualmente **proponemos** que el Sínodo denuncie la pseudoneutralidad de los países que a través de sus sistemas bancarios favorecen la fuga, acumulación y protección de capitales, y realizan una política que pauperiza países como los nuestros.

Asimismo **proponemos** que las Iglesias de las naciones poderosas tomen conciencia de que su acción y omisión son factores en el juego que sus países ejercen como dominadores sobre otros pueblos y por consiguiente empleen sus mejores esfuerzos por luchar contra esta situación, denunciándola y ejerciendo su influjo moral y social para superarla, por ejemplo censurando la venta de armamentos a países del Tercer Mundo y los criterios arbitrarios con que se realizan empréstitos internacionales.

16. Dada la situación de injusticia y de pecado que supone el hecho de que millones de seres hermanos vivan en una situación infrahumana al mismo tiempo que se gastan ingentes recursos económicos en una desenfrenada carrera armamentista con el objeto de seguir manteniendo situaciones de dominación, estado de cosas que se agrava en el caso de los armamentos nucleares, no sólo por los recursos que consume y el peligro potencial, sino también por el daño ya causado a la humanidad con las pruebas experimentales,

proponemos que la Iglesia universal denuncie rotundamente esta situación en términos generales, así como también en los casos concretos en que estas armas son utilizadas por los países poderosos para oprimir a pueblos pobres.

17. En lo relativo a la conquista espacial, si bien se reconoce que puede generar un gran avance tecnológico, se ve con preocupación que ésta se realice en forma de com-

potencia política, duplicando innecesariamente los gastos, así como también el peligro de que este avance tecnológico sea utilizado para la destrucción masiva de la humanidad, o para beneficiar exclusivamente a los centros de poder mundial con el consiguiente refuerzo de la situación de dominación,

proponemos que la Iglesia universal exija una integración de esfuerzos de las potencias comprometidas en la carrera por la conquista espacial y pida que los nuevos descubrimientos sean empleados en bien de toda la humanidad.

Implicancias a nivel nacional

18. Damos nuestro apoyo y aliento a los cristianos que, realizando y viviendo una opción clara por los sectores populares, se identifican con sus problemas, sus luchas y sus aspiraciones. Frente a los cambios estructurales de nuestra patria decimos que las necesarias renunciaciones deben recaer sobre todos, porque sólo es posible tener autoridad moral para imponer sacrificios cuando se precede, con el ejemplo, en la austeridad. Así nos lo enseñó Cristo.

19. Ante la mentalidad manipuladora y despersonalizante de muchos funcionarios y empleados, sobre todo en provincias, señalamos que estas actitudes y conductas no sólo contradicen la realización de la justicia, sino igualmente los esfuerzos que se vienen haciendo por romper viejas estructuras y construir una nueva sociedad. Igual contradicción implican la desidia, la rutina, la falta de mística.

20. Frente a actitudes de las autoridades inmediatas al pueblo, que se preocupan más de reprimir la crítica a las incoherencias internas —naturales a todo proceso de cambio— que de examinar la objetividad de tales denuncias, creemos oportuno señalar la exigencia de una nueva actitud y la búsqueda de nuevas formas de ejercicio de la autoridad.

21. Frente a la discriminación racial y cultural que todavía sufren nuestros pobladores del campo, y a la marginación que sufre la mujer, sobre todo en la sierra, tenemos que recordar que todos somos personas, hijos de un mismo Padre, destinados a una misma liberación y salvación.

22. Frente al hecho de una reforma agraria que aún pretendiendo dar una respuesta justa puede generar nuevas situaciones de injusticia, tales como la adjudicación exclusiva de los fundos a los trabajadores estables al momento de la afectación, lo que genera grandes desniveles entre los nuevos propietarios de fundos ricos y de fundos pobres, así como también, al marginar de este proceso a gruesos sectores campesinos que no estaban en la situación de trabajadores estables,

proponemos que se contemple este problema en el proceso de adjudicaciones, buscándose creadoramente las formas de propiedad que permitan beneficiar al mayor número posible de campesinos, así como también dar el debido resguardo a la finalidad social de la propiedad

estableciéndose los mecanismos legales que aseguren el mayor servicio a la sociedad.

23. Las comunidades laborales han sido creadas como un intento de conciliar, al interior de la empresa capitalista, los intereses del capital y del trabajo, permitiendo a éste la participación gradual en la gestión y en la propiedad de los medios de producción. Tal innovación ha sido hecha a partir de la decisión del gobierno, sin la participación de los trabajadores, a quienes se pide amoldarse a una medida, que por ser radicalmente diferente a las experiencias hasta ahora conocidas, rebasa posibilidades y genera frustraciones e inadecuaciones. Urge pues la redefinición del papel de los trabajadores y empresarios, dentro de un proceso de cambio que, por ser abierto, es capaz de generar mecanismos propios cuya dinámica lleva a la total revalorización del trabajo humano en la nueva sociedad.

SEGUNDA PARTE

LA IGLESIA, SACRAMENTO DE LA UNIDAD DEL MUNDO

24. En un mundo y en una humanidad marcados por el pecado y caracterizados por sus consecuencias de injusticia, despojo, explotación y opresión, la unidad que Cristo pide al Padre (Juan 17, 21), es vocación del mundo entero (Col. 1, 20, Ef. 1, 4-10) y tarea de la Iglesia que se presenta así como sacramento de la unidad del mundo (LG 1 y 48). La unidad de los hombres es posible sólo en la justicia efectiva para todos.

25. La Iglesia es sacramento de esta unidad, de esta recapitulación final de la historia, del mundo y de la humanidad (Rom. 8, 22 ss), de esta salvación plena y universal que ya obra en el corazón de los hombres y en su realidad. Sacramento del mundo en sus aspiraciones de paz, de justicia, de solidaridad, de comunión fraterna y con Dios (PP, 13), la Iglesia se define como Pueblo de Dios en marcha, en búsqueda (LG, 8).

26. La Iglesia concebida como sacramento de salvación (LG, 1) y como comunidad de hombres que reconoce, proclama y celebra a Jesús como salvador de la humanidad (LG, 8) descubre con nueva luz su misión de anunciar el Reino (AG 1, 5), el sentido de su acción evangelizadora y de la promoción temporal, los roles y tareas de sus miembros.

27. Una Iglesia definida a partir del mundo latinoamericano implica para nosotros redefinirnos como comunidad de fe en un mundo marcado por diversas formas de opresión. Fe y compromiso revolucionario, fe y acción política, es, en otras palabras, el problema de los creyentes latinoamericanos.

La relación entre escatología y política se da en el esfuerzo por plasmar un proyecto histórico que sea liberador, es decir, que procure el advenimiento de una sociedad justa, fraterna y solidaria y de un hombre verdade-

mento nuevo. La historia humana cobra una significación y una orientación que la hacen nueva, con la novedad misma que es Jesucristo en el mundo. No se trata de pedirle a la fe y a la Iglesia un modelo de sociedad, un esquema de interpretación científica de la realidad o criterios de opción política.

28. Además, el Evangelio predicado auténticamente a un hombre oprimido cumple necesariamente una función concientizadora, es decir, contribuye a hacerles percibir su calidad de persona, su situación de despojo e injusticia en que se halla, con todas sus implicancias económicas, sociales y políticas y a luchar contra ellas.

29. En el marco concreto de un mundo en lucha por su liberación es donde la comunidad de fe, peruana, se interroga y se redefine como anunciadora de Cristo que ha venido a revelarnos cual es el sentido pleno de la historia; y renueva su corazón por un llamamiento de su Señor en los signos y exigencias de la liberación a la autenticidad, a la generosidad y a la fidelidad.

Papel de la Iglesia

30. Evangelización: La presencia y la acción de la Iglesia tiene una inevitable implicancia política, ya que no se logra evangelizar sin un compromiso en la lucha contra la situación de dominación. De una pastoral doctrinal y expositiva hay que pasar a una auténtica asimilación del Evangelio que transforme la vida. El Evangelio, lejos de favorecer una evasión de las responsabilidades terrenas, lleva a asumirlas y a vivirlas ante el Señor.

31. Autenticidad: la intervención de la Iglesia en el proceso de cambio le exige una profunda renovación interna de sus formas de trabajo.

Por tanto:

a) debe estar en condiciones tales que pueda ejercer un papel profético y de enérgica denuncia de las fuerzas que de una u otra manera, directa o indirectamente impiden el proceso de cambio en favor del pueblo,

b) merecen respaldo los sectores de la Iglesia (obispos, sacerdotes, religiosos, laicos) que han asumido un compromiso serio, y muchas veces de por vida, y que con hechos más que con palabras, buscan su identificación con el pueblo que lucha por su liberación plena.

32. Pobreza: una condición para que la comunidad eclesial intervenga en el proceso de cambio, es que ella asuma la pobreza efectiva como identificación y como protesta. Su palabra y su acción quedarían prácticamente anuladas mientras no se supriman las distancias económicas que separan a un pueblo sumido en la miseria y una Iglesia con fama de riqueza. Esto implica:

a) asumir el sentido de pobreza evangélica como expresión tanto de solidaridad como de denuncia de una situa-

ción no evangélica y desafío de una sociedad que mancilla su nombre cristiano al encubrirse con él;

b) buscar formas de poner en común nuestros bienes como un modo concreto de socializar e integrar nuestros recursos materiales, nuestras energías, nuestras capacidades y posibilidades, individuales y comunitariamente para construir una sociedad más justa y humana.

33. Educación: en un proceso de transformación social se produce una inadecuación entre los cambios estructurales y los cambios de mentalidad y actitud. Así, por un lado, la mentalidad de privilegios económicos no se ajusta a los necesarios sacrificios que un proceso de justicia social exige; por otro lado, el sector popular largamente alienado en una historia de dominación no logra descubrir el sentido de su participación. La responsabilidad de la Iglesia en este campo se torna grave cuando a la enormidad del desafío geográfico y del aislamiento de muchas de nuestras poblaciones, los hombres añadimos obstáculos que provienen de la inercia, del egoísmo, de la explotación. Esto exige:

a) que la Iglesia, por los cauces debidos, elabore un pensamiento teológico que informe el compromiso de los cristianos y que ofrezca las bases para una interpretación a partir de la fe, del proceso que vivimos,

b) que las congregaciones docentes hagan una revisión seria y urgente de las formas concretas de presencia educativa a partir de las nuevas exigencias y necesidades del pueblo; en este sentido deberán enriquecer su misión con nuevas expresiones de acción educativo-pastoral;

c) que los grupos y asociaciones de la Iglesia, por los cauces debidos se renueven en una línea de creación de una conciencia crítica en sus miembros y en su medio de acción,

d) la urgente promoción de dirigentes, recordando que para la edificación de la paz y de la justicia, el hombre, imagen de Dios, debe ser capacitado como responsable de su propio devenir y de la comunidad humana,

e) que la Iglesia movilice sus recursos humanos hacia la educación de adultos, preferentemente informal y desescolarizada; esto implica una amplia colaboración en los planes nacionales de concientización y alfabetización; implica igualmente denunciar el uso de medios de comunicación para una propaganda que fomenta el egoísmo y el consumo desmedido de bienes, todo lo cual va contra el sentido social y fraterno necesario para la sociedad que hemos señalado;

f) que en la línea de una puesta en común de nuestros bienes, estudiemos desde ahora las implicancias y nuestro aporte al sistema de nuclearización.

El papel de la Iglesia es el de informar y animar la implantación de la justicia, y de cambiar interiormente al hombre, creando en él una nueva escala de valores y un sentido de corresponsabilidad en el logro de una nueva sociedad.

2) hablan los sacerdotes latinoamericanos

Sacerdotes de los países latinoamericanos nos dirigimos a ustedes, nuestros obispos, próximos a la reunión Sinodal. Si bien en muchos países nos hemos podido expresar satisfactoriamente, estimulados por los correspondientes Episcopados, en otros fue evidente el carácter restrictivo —y aún tendencioso— de las consultas efectuadas; por ello esta vez solidariamente y a nivel continental, queremos manifestar nuestra posición acerca de una dimensión del ministerio sacerdotal que juzgamos de relevante importancia.

Para nosotros, en efecto, no es una simple coincidencia que el Sínodo aborde simultáneamente los temas referentes al ministerio presbiteral y a “Justicia y Paz”. Este, el de la Justicia y de la Paz, es el *problema capital de Latinoamérica*; y muchos sacerdotes de esta región centran en él su propio problema y su inquietud.

Justicia y Paz son palabras que encuentran profunda resonancia en nuestros pueblos. Estos hablan, con frecuencia, de “liberación” palabra con la que quieren significar que la Justicia, y por consiguiente la paz, no están realizadas; que la paz habrá de realizarse a través de la Justicia; que la justicia únicamente será realizada a través de un proceso de emancipación de los amos del mundo. Por eso “liberación” es una palabra que llama a la acción hacia el futuro, precisamente porque recoge la experiencia y el anhelo que nos ha dejado nuestra historia.

I. - NUESTRA HISTORIA

1. a) América Latina hace su aparición en el marco de la historia universal bajo un proyecto de conquista y evangelización.

No obstante rectas intenciones y disposiciones legales, el proceso colonizador se encaminó hacia la estructuración de una sociedad dual y conflictiva, en la que el pueblo indígena y mestizo fue integrado por subyugación y así, marginado del ejercicio de elementales derechos humanos, de los que sólo disponían las élites blancas. Nuestra historia se inaugura bajo el signo de la dependencia y la alienación.

La opresión fue algo más hondo que la pérdida de “cosas”, pues llegó a la privación de la

propia cultura, a la inhibición del desarrollo de la propia conciencia. Equivalió a despojar a nuestros pueblos no sólo de sus bienes, sino de sí mismos; no sólo de sus objetos, sino de su carácter de sujetos, para tornarlos objetos, cosas, instrumentos. No se les permitió decidir a ellos mismos de su propio proyecto histórico y sólo pudieron entrar en la historia universal a título de pueblos dominados.

Posteriormente, lograda su independencia, los pueblos latinoamericanos recaen bajo el proyecto “neocolonialista”, surgido también en Europa. Mercantilismo e industrialización no han significado sino grados en el avance imperial de los fuertes países capitalistas sobre nuestros pueblos. Y, nuevamente no se trató sólo de un despojo de materias primas, sino también de nuestra conciencia cultural y de nuestro poder de decisión política. La cultura e ilustración importada sirvió para persuadirnos de nuestro estado infra-cultural; y esta persuasión a su vez, fue útil para convencernos del necesario liderazgo de otros países y culturas.

Prosignió, pues, la estructura dual de una sociedad, en la que las internas élites de poder económico y cultural, seguían subyugando a nuestras poblaciones en favor del propio interés y del desarrollo de las grandes naciones.

Nuestros pueblos, mientras tanto, sólo podían tener paciencia, resistir, esperar, estar al asecho de resquicios que les permitieran expresarse, pedir, clamar, y a veces —agotada la paciencia— ser violentos.

b) La Iglesia estuvo presente en este proceso desde el comienzo, a través de sus misioneros. La palabra de fe que predicaban, proclamaba que también los indígenas eran hijos de Dios. El bautismo, que impartían, no carecía de significado social pues con él se buscaba integrar al indio a una real comunidad de derechos. Palabra y bautismo eran la base religiosa para introducir correctivos en una organización social que adolecía de injusticias y aún para llegar a una denuncia del sistema de conquista. Hubo hombres lúcidos que llevaron esta denuncia al púlpito, al aula de las facultades de teología, a los organis-

mos políticos del gobierno español y a la Santa Sede. Había en ellos una conciencia histórica de la misión de la Iglesia, y de su solidaridad con el pueblo humillado.

Tal vez impedidos por una solidaridad de nacionalidad y por no comprender el verdadero sentido de lo que estaba ocurriendo, muchos obispos no acompañaron el proceso de la independencia. En cambio hubo sacerdotes que participaron activamente en él, al precio, muchas veces, de incomprendiones y persecuciones de parte de sus superiores.

A partir de entonces los diferentes gobiernos intervienen en la vida interna de la Iglesia para dictarle el modo de proceder y con el fin de hacerla entrar en el proyecto político en marcha. Las corrientes que, bajo la influencia ideológica del liberalismo, hacen su entrada en América Latina, encuentran a la Iglesia desorganizada. En la segunda mitad del siglo pasado comienza la reorganización eclesiástica: la sucesiva incorporación de misiones extranjeras y el comienzo de una formación sacerdotal en la que predominan pautas autóctonas son índice de una cierta ambigüedad de parte de la Iglesia. Esta, en efecto, a través de sus obras educacionales y asistenciales se hace positivamente presente en nuestro pueblo, pero, por otra parte, a través de muchas de sus pautas culturales e identificación de muchos de sus miembros con las minorías opresoras permanece distante del mismo.

2. a) En el presente, los pueblos de América Latina están alcanzando un alto grado de conciencia histórica. Perciben que no se trata solamente de la grave situación económica que padecen ni de una angustiante marginación social. *Se trata de un problema de dependencia total.* Bajo nuevas formas y en un diverso contexto histórico se presenta hoy día el mismo conflicto, el mismo punto crucial que determinó todos nuestros grandes problemas históricos: *la liberación de nuestros pueblos.*

Además de ahondar su conciencia de la injusticia estructural, nuestros pueblos perciben nuevos resqueijos hacia el futuro y buscan forzar y agrandar esas fisuras abiertas a la esperanza por la experiencia de sus luchas en medio de una compacta historia de dolor e injusticias. Se sienten ante una nueva posibilidad, ardua, difícil,

conflictiva, pero posibilidad al fin. Asisten a un momento de conmoción. Se hallan ante una nueva opción histórica, ante la posibilidad de un diverso y nuevo proyecto. *Momento decisivo que plantea el desafío de inaugurar una civilización.*

b) *Es momento de decisión también para nuestra Iglesia.* Como siempre en el curso de nuestra historia, ella está ante la alternativa de acompañar solidariamente a nuestros pueblos en la búsqueda de su liberación y proyección hacia el futuro; en la tentativa original de "aunar, en una síntesis nueva lo antiguo y lo moderno, lo espiritual y lo temporal, lo que otros nos entregaron y nuestra propia originalidad"(1). Está en juego la conciencia que la Iglesia se hace actualmente de su misión; esto es, de la forma histórica que ha de adoptar su misión en este momento y lugar.

Conciente de esta responsabilidad, el Episcopado Latinoamericano reunido en Medellín ha formulado un proyecto pastoral global que apoya la unidad latinoamericana, la liberación global de nuestros pueblos y la realización de dicha liberación a través de un camino original. Pero, por otra parte, *no es suficientemente alentada, en la práctica y en las palabras, esta proyección pastoral trazada en Medellín.* Como si un temor de llevar a la práctica lo proyectado inundara muchos ánimos, *se perciben indicios de que aquel proyecto es soslayado, abandonado y aun públicamente impugnado o desprestigiado, dentro de la misma Iglesia. Reaparece así una ambigüedad y una cautela que nos desconcierta. Es la Iglesia, considerada en el conjunto de sus obispos, sacerdotes y laicos, la que al mostrarse vacilante en líneas pastorales básicas que concreten su misión, manifiesta una crisis.* Es lógico que esa crisis del conjunto alcance también a los sacerdotes.

Así como la situación de la Iglesia latinoamericana no puede ser considerada sin referencia al proceso histórico de nuestros pueblos, en los que ella está inserta, así tampoco puede ser analizada la llamada crisis sacerdotal fuera del contexto global de nuestra Iglesia.

(1) Pablo VI. Homilía en la ordenación de sacerdotes para América Latina. 3/7/66 - II Conf. del Episcopado Latinoamericano, Medellín, Introd. 7.

II. - SACERDOTES DE A. L.

3. Uno de los problemas que recorre la historia de muchas naciones latinoamericanas es la escasez de clero. Más allá del aspecto cuantitativo del fenómeno se descubre el siguiente significado: nuestros pueblos, es decir, la cultura que ellos caracterizan, no está suficientemente representada a nivel de los líderes sacerdotales de la institución eclesiástica. *El Pueblo es creyente; pero la institución eclesiástica, a nivel de sus ministros, no es popular.*

Por otra parte, los sacerdotes nativos se vienen formando desde tiempo atrás en pautas e instituciones con impronta europea. Sólo hemos podido aprender una teología elaborada desde una determinada perspectiva cultural e histórica que no es la nuestra. En lo que atañe a lo pastoral y por analogía con un planteo surgido años atrás en el área económico social, hemos llegado a formular el problema de nuestra área específica, como tránsito de un estado de subdesarrollo religioso y pastoral a un desarrollo conforme al modelo de los pueblos cristianos progresados.

Junto a estos, otros índices, como ser el malestar de una catequesis que no acaba de encontrar sus propias pautas antropológicas, la inquietud por una predicación que no descubre el lenguaje apto para hablar al pueblo, etc., nos ha llevado a pensar que nuestra incertidumbre tiene su origen en la toma de conciencia de nuestro profundo distanciamiento socio-cultural con respecto a nuestros pueblos y a su historia. Tenemos que tratar de "comprender al pueblo", porque estamos fuera de él. No somos nuestro pueblo, no padecemos su historia.

Esta interpretación explica que muchos de nosotros busquemos caminos de acercamiento al propio pueblo para ser solidarios con él y con su proceso de liberación.

Dichos caminos son intentados por el sacerdote que "trabaja", por el que decide vivir en las llamadas "villas miserias, callampas o favelas" por el que inserta su actividad en los cuadros gremiales, obreros y universitarios y en las organizaciones vecinales de base, o busca compartir la suerte de los sectores más explotados: urbanos y rurales. El trabajo, la vivienda, la pobreza son formas de identificación con el pueblo. No sabemos si estos son los medios más acer-

tados; son una experiencia cuyo resultado aún ignoramos; sabemos, sobre todo, que esos no son más que el comienzo de un largo camino que nos ha de llevar a nuestros pueblos. Esta búsqueda, lejos de parecernos extraña a nuestro sacerdocio, la consideramos una exigencia de nuestra misión.

En nuestra tentativa de solidarizarnos con nuestro pueblo, que padece la injusticia y lanza su protesta, nos encontramos enfrentando y denunciando un sistema social, económico, político y cultural; modos de proceder y grupos de poder, donde radican las causas de esa injusticia. Nuestra solidaridad con unos se convierte en antagonismo con otros y en conflicto con los ricos, los poderosos, aún con los gobiernos de algunas naciones. Algunos de nosotros han sido llevados a la prisión y a la tortura.

Nuestra búsqueda de solidaridad con el pueblo se ha traducido también, a veces, en tensiones que no deseamos, con algunos de los que conducen la Iglesia. El habernos unido en grupos, o en movimientos, o el haber manifestado opiniones públicamente ha sido usado para presentarnos como sectores rebeldes o sindicados por la lucha de nuestros derechos. No ha sido esa la intención ni es la realidad.

Dentro de este contexto es evidente que en nosotros ha de producirse un conflicto de lealtades, que nos lleva a tratar de descubrir cómo es posible mantener nuestra comunión con la Jerarquía, sin abandonar una línea de fidelidad a nuestra misión y a nuestros pueblos. Con frecuencia esos conflictos de conciencia se producen ante la divergencia entre las claras orientaciones del Magisterio, por un lado (Vaticano II, Pop. Progr., Medellín, Octog. Adven.) y determinadas exigencias de nuestros superiores inmediatos, por otro.

Lo que venimos descubriendo pone en evidencia cuáles son nuestros interrogantes fundamentales y la respuesta que damos.

Nos preguntamos, ¿qué es ser hoy sacerdote? No desconocemos la estructuración esencial que Cristo dio al ministerio. Nuestro interrogante tiene otro sentido y obtiene esta respuesta: ser sacerdote tiene mucho que ver con la historia que han vivido nuestros pueblos y con la actual situación en que viven. Nuestra crisis, pues, si de eso se trata, coincide con la crisis de la Iglesia latinoamericana, en relación a su propia misión: se

trata de saber cuál es la forma histórica que ha de tener esa misión y por consiguiente, nuestro ministerio sacerdotal.

La actual misión de la Iglesia ha de estructurarse en una pastoral coherente y no sometida al vaivén de la ambigüedad. Nuestra inquietud no se relaciona, en primer lugar, con una u otra área particular de la pastoral, sino con *el problema de los criterios básicos que han de orientar toda nuestra pastoral. Nosotros pensamos que dicha pastoral ha de ser elaborada y organizada a partir de una intención e inspiración liberadora de nuestros pueblos*; que una pastoral, conducida fuera de dicha intención y, por consiguiente, el ministerio sacerdotal, carecería hoy de un profundo sentido histórico.

Este es el centro de nuestra inquietud: el signo bajo el cual se organice actualmente la misión de la Iglesia en América Latina. A partir de aquí y en conexión con este núcleo de nuestra inquietud, se derivan otros planteos:

a) la significación concreta de la triple función, cultural, profética y real; su conexión y jerarquización; el modo y ritmo conforme al cual habremos de desempeñarnos en dichas funciones, depende de la intención básica que preside nuestra misión, como misión al servicio del pueblo y de su liberación.

En el marco de nuestras preocupaciones, condicionados por la historia, nosotros, "*sacerdotes de la Nueva Alianza*", descubrimos que en la perspectiva evangélica y tal como es vivido en la comunidad primitiva, el ministerio apostólico no es exclusivamente "sacerdotal" sino que enfatiza el carácter misionero-pastoral-profético, y que la actividad cultural adquiere su plena dimensión en relación al testimonio profético de la palabra y de la vida.

b) Es también en conexión con la concreta misión de la Iglesia que ha de ser abordado el problema de la relación entre sacerdotes y jerarquía. La autoridad pastoral del obispo y la obediencia de los presbíteros, no tienen razón de ser en sí mismos, sino en relación a la misión de la Iglesia. No podría revisarse aquella relación prescindiendo de este criterio. La institución eclesial está ordenada a la misión de la Iglesia.

c) El problema del sacerdocio, casado o célibe, que ya no puede ser más postergado, tam-

poco podrá ser abordado sin conexión con este problema de la misión de la Iglesia y del ministerio sacerdotal. Es a la luz de la misión liberadora de la Iglesia que muchos sacerdotes en América Latina revalorizan hoy su celibato; redescubren una entrega en razón de aquello por lo que muchos otros dan hasta su sangre. Por otra parte, la atención realista a la forma históricamente posible y eficaz de organizar dicha misión en nuestro continente, reclame modificar la excesiva rigidez y uniformidad de la ley actual del celibato.

4. La línea de comportamiento pastoral que buscamos seguir implica una determinada visión de la Iglesia y por ello exige de nosotros un esfuerzo de reflexión, de continua revisión y de confrontación con la Palabra de Dios y la tradición de la Iglesia.

Está en juego una visión de la relación de la Iglesia con la humanidad. No dudamos, y este es el punto de partida de nuestra conducta pastoral, que "la Iglesia camina unida a la humanidad y se solidariza con su suerte en el seno de la historia"(2). Como sacerdotes queremos solidarizarnos con los pueblos de América Latina en el seno de su historia.

La conjunción de nuestra misión —predicar la Palabra de Dios y organizar las comunidades cristianas— con la persistente situación histórica de injusticia, nos lleva a la tarea de encarnar valores espirituales cristianos en una sociedad que busca trazarse un proyecto de civilización nueva. Esto nos lleva a estar junto a nuestras comunidades, para, con ellas, "comprender en su raíz las nacientes situaciones de injusticia"(3), para "analizar y esclarecer (dichas situaciones) mediante la palabra inalterable del Evangelio"(4) y para "deducir principios de reflexión, normas de juicios y directrices de acción"(5).

Es difícil proponer una palabra única y una solución con valor universal(6). Incumbe, pues, a las comunidades cristianas, culturalmente diversificadas y dadas en situaciones diversas, bus-

(2) Pablo VI. Carta apostólica al Sr. Cardenal M. Roy. 14/5/71, Nº 1.

(3) Pablo VI. Ib., Nº 15.

(4) Pablo VI. Ib., Nº 4.

(5) Pablo VI. Ib., Nº 4.

(6) Conf. Pablo VI, ib. Nº 4.

car y proponer sus propios caminos de solución (7).

En una situación difícil como la presente, no podemos tener la pretensión de haber dado con todas las soluciones, ni con soluciones totalmente claras y acabadas. Las generaciones y nosotros con ellas, van tomando conciencia de los problemas analizando las situaciones y dando luz a sus propias soluciones paulatinamente. Estamos en una situación de búsqueda, de experimentación. Solicitamos pues, que no se desalienten esas experiencias; que no se quiera buscar una claridad en los objetivos y acciones en base a una multiplicación de normas, que no podrían ser impartidas sino después de tener claros los objetivos; que se confíe en el pueblo de Dios, también en sus sacerdotes, y se deje espacio a un espíritu que, más allá de la letra, busque y encuentre soluciones y caminos a seguir.

La sucesiva toma de conciencia de la situación latinoamericana nos ha ido mostrando cada vez con mayor claridad el carácter político de los problemas y de las soluciones. La situación de injusticia y dependencia, económica y social, encuentra su raíz política en el proyecto histórico de dominación del cual han surgido. De ese proyecto ha dependido el curso de la civilización mundial en los últimos siglos, dividiendo al mundo en imperios y colonias. Por eso los problemas sociales y su raíz política, "han de ser situados dentro de un contexto más amplio de civilización nueva"(8). Dentro de este contexto, no habrá que esperar todo de la política, pero tampoco podrá ser tentada una solución preescindiendo de ella.

De aquí que nuestra postura pastoral, nuestra palabra y acción, alcancen, más allá de lo económico y social, la dimensión política de la presente situación histórica. Puesto que "la decisión última recae sobre el poder político"(9) de modo que dicha decisión es un factor insoslayable para encarar un proyecto de civilización nueva, no podríamos ingenuamente apoyar un tal proyecto sin someter a análisis y juicio crítico a aquello que es decisivo en la realización de tal proyecto. No se trata de optar o preferir entre partidos

políticos cuyas diferencias quedan con frecuencia igualadas por el hecho que no contribuyen a un proceso de auténtica liberación. Se trata de una insoslayable decisión frente a un proyecto auténticamente humano, que incluya una nueva estructuración política de la sociedad y que sea el criterio fundamental frente al cual habrán de quedar legitimados o descalificados los partidos o las ideologías.

Esta extensión al campo político ha originado un peculiar temor de que los sacerdotes entremos en un campo que según algunos —de acuerdo a una tradición en la que, a elementos cristianos se mezclan puntos de vista típicos de una ideología liberal— nos estaría absolutamente vedado.

No obstante, en un momento histórico en que se detecta la raíz política de graves y urgentes problemas, parece ineludible y necesario que los grupos religiosos y culturales, sometan a análisis y juicios la estructura política de la sociedad y el ejercicio del poder.

Para que cambie la decisión política radical deben esos grupos participar en alguna forma en la elaboración de una nueva decisión.

Por otra parte, "aún reconociendo la autonomía de la realidad política", habrán de esforzarse las comunidades cristianas "por buscar una coherencia entre sus opciones y el Evangelio"(10), desde el momento que ella constituye "un aspecto que exige vivir el compromiso cristiano"(11).

Creemos que tenemos "obligación de participar en esta búsqueda"(12). Sabemos que la Iglesia "no propone un modelo prefabricado", y que, por otra parte, "no se limita simplemente a recordar unos principios generales"(13), sino también le corresponde una tarea de "discernimiento" de las opciones y compromisos(14), de los caminos a seguir, de las acciones y de las ideologías(15), de los movimientos históricos(16); le corresponde también "apoyar un proyecto de sociedad" basado en sus convicciones últimas so-

(7) Conf. Pablo VI. *ib.* N° 4.

(8) Pablo VI. *ib.* N° 7.

(9) Pablo VI. *ib.* N° 46.

(10) Pablo VI. *ib.* N° 46.

(11) Pablo VI. *ib.* N° 11.

(12) Pablo VI. *ib.* N° 24.

(13) Pablo VI. *ib.* N° 42.

(14) Conf. Pablo VI. *ib.* N° 4.

(15) Conf. Pablo VI. *ib.* N° 48, 49.

(16) Conf. Pablo VI. *ib.* N° 30.

bre la naturaleza, el origen y el fin del hombre y de la sociedad (17).

Al sacerdote le corresponde mantenerse libre para denunciar todo cuanto esté contra el Evangelio y el hombre; libertad que, como contrapartida, exige un compromiso real con el hombre y los pueblos, y un apoyo crítico a aquellos movimientos históricos que se mueven en camino de una justicia y liberación. Sólo este compromiso real nos permitirá aportar los valores de nuestra fe cristiana.

Buscamos ser concientes de los límites que, en este campo, se presentan al sacerdote y a la Iglesia. No pretendemos resucitar viejas cristiandades ni adoptar nuevas formas de clericalismo, Sabedores de que hay límites, somos, por otra parte, concientes de que la Iglesia no ha de pedir un tímido permiso para tomar la palabra en los problemas de la sociedad. No nos mueve una voluntad interesada, no pretendemos adquirir ni administrar el poder político; no queremos presionar usando poderes y medios que no nos corresponden, pero sí mover eficazmente con la fuerza de la palabra de Dios.

Por lo tanto:

1. Creemos que ante la innegable situación de dependencia y dominación a que está sometida nuestra América Latina, la Iglesia que —en virtud de su misión religiosa— tiene que preocuparse y solidarizarse con todo el hombre y todos los hombres, debe definir con decisión la forma histórica de su presencia en nuestra Patria Grande en *una acción plena y eficazmente liberadora*.

2. Pedimos que las iglesias latinoamericanas en tanto *comunidades locales*, compuestas de laicos, sacerdotes y obispos, lleven a cabo audaz-

(17) Pablo VI, ib. N° 25.

mente la tarea recientemente reclamada por Pablo VI, de discernir y realizar las “opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que aparezcan necesarias con urgencia en cada caso” (18).

3. Solicitamos se tenga más confianza en el Espíritu que en la letra y se nos deje buscar dentro de esa misión de la Iglesia los modos de vivir, actuar y predicar que nos permita integrarnos al pueblo para encarnar en sus culturas, sus costumbres y sus proyectos históricos la Palabra de Dios.

4. Esperamos, en particular, que el reconocimiento que el Concilio (19) y Pablo VI (20) hicieron del trabajo como una forma válida de la misión sacerdotal lleve a nuestros obispos no ya a trabar sino a apoyar y promover a aquellos sacerdotes que quieren asumir en esa forma su ministerio.

5. Deseamos especialmente que nuestros obispos reconozcan en nosotros, sacerdotes latinoamericanos, el derecho y el deber —como respuesta a la exigencia real de nuestros pueblos— de comprometernos en una acción política que ponga la fuerza de la Palabra de Dios al servicio de la liberación.

Tenemos esperanzas. Sabemos en Quien hemos confiado.

En el desafío que la coyuntura histórica plantea a la Iglesia latinoamericana percibimos un nuevo llamado de Dios y el “tiempo oportuno” para revalorizar y renovar, en un compromiso total, al servicio del pueblo, nuestra propia misión de sacerdotes.

(18) Pablo VI. Ib. N° 4.

(19) Conf. Presb. Ord. N° 8.

(20) Conf. Carta Apostólica al Sr. Card. M. Roy. N° 48

3) propone el clero chileno

En vísperas del Sínodo de Obispos a realizarse en Roma cuyo tema es el sacerdocio y el compromiso de la Iglesia con la justicia, nos hemos reunido un grupo de 200 sacerdotes para aportar una visión sobre estos problemas.

Hemos querido situar nuestra reflexión a partir de la realidad chilena. Es en ella donde descubri-

mos la acción de Cristo Resucitado que marca nuestra misión profética.

1.—Aún permanecen en nuestro país muchas de las situaciones, estructuras y mentalidades generadas por el capitalismo (explotación, miseria, estructuras económicas, políticas y sociales injustas).

La mayoría del pueblo está empeñado en la **sustitución del sistema capitalista por la construcción de una sociedad socialista**, según la ideosinercia del chileno y su historia.

APROBADO: 97%

(con modificaciones: 21%)

NO: 3%

- 2.—El pueblo Chileno toma conciencia que su situación de subdesarrollo y dominación no es fatalidad. Por un esfuerzo científico, técnico y político está liberándose y construyendo una realidad más humana.

Esta experiencia de cambios profundos tiene consecuencias culturales de grandes proyecciones. En esta forma se da el **proceso de secularización en nuestro pueblo**, como un camino positivo para la liberación del hombre.

APROBADO: 96%

(con modificaciones: 3%)

NO: 4%

- 3.—Vemos con preocupación que nuestra Iglesia en gran parte enfrenta esta realidad en una **actitud de temor y desconfianza paralizadora**.

APROBADO: 92%

(con modificaciones: 11%)

NO: 8%

- 4.—Sin embargo, otros grupos de cristianos vemos en el **socialismo una etapa más perfeccionada en la historia de la liberación integral** de los chilenos.

APROBADO: 95%

- 5.—Descubrimos una sociedad dividida en clases con intereses antagónicos, aún dentro de la misma Iglesia.

APROBADO: 93%

(con modificaciones: 9%) NO: 6% NULOS: 1%

COMPROMISO POLITICO

- 6.—Situados en esta realidad queremos según el mensaje del Evangelio contribuir a la liberación de dominados y dominadores.

APROBADOS: 97%

(con modificaciones: 1%) NO: 1% NULOS: 2%

- 7.—Compartimos los intereses de la clase trabajadora luchando activamente en ella por la ampliación de su poder económico, político y cultural.

APROBADO: 100%

(con modificaciones: 8%)

NO:—

- 8.—Queremos recuperar aún a los que participan de la mentalidad y estructuras capitalistas para el proceso revolucionario chileno.

APROBADO: 97%

(con modificaciones: 8%)

NO: 3%

- 9.—Esta **participación activa** pasa a través de la acción política, la cual, en determinadas circunstancias, **puede llevar al sacerdote a un compromiso partidista**.

APROBADO: 86%

(con modificaciones: 10%)

NO: 14%

- 10.—La acción política no es exclusividad de una militancia partidista, pudiéndose desarrollar directamente a través de un compromiso sindical, vecinal, cultural u otros.

APROBADO: 100%

(con modificaciones: 3%)

NO:—

- 11.—Deseamos que en un amplio espíritu de libertad, **la Iglesia acepte un pluralismo en la manera de colaborar positivamente** como sacerdote en los cambios, de acuerdo a la situación concreta de las comunidades en que el sacerdote trabaja y de acuerdo también a las aptitudes o exigencias personales de cada uno.

APROBADO: 98%

(con modificaciones: 3%)

NO: 2%

TRABAJO PROFESIONAL

- 12.—Es conveniente asumir un trabajo profesional, para que el sacerdote pueda ganarse la vida participando en la construcción de la nueva sociedad, en una forma más cercana a la situación económico social en la que vive la mayor parte de los chilenos.

APROBADO: 96%

(con modificaciones: 15%)

NO: 4%

- 13.—Al asumir un trabajo remunerado el sacerdote facilita la tarea de la Iglesia de Liberarse de todo poder económico.

APROBADO: 95%

(con modificaciones: 7%)

NO: 5%

- 14.—Se pedirá al sacerdote **abandonar temporalmente su trabajo profesional sólo en aquellos casos exigidos por la tarea misionera** de crear y coordinar comunidades cristianas.

APROBADO: 91%

(con modificac.: 11%) NO: 8% NULOS: 1%

CONSECUENCIAS PARA LA IGLESIA

- 15.—Reconocer la situación histórica de la Iglesia que antecede y condiciona su manera de concebir el Evangelio y sus opciones frente a la realidad.

Como dice Carlos González, Obispo de Talca: "La vida es un compromiso en sí misma. Cuando no existe compromiso es porque tal vez no hay vida. Es cierto que ésto trae problemas y que más fácil es situarse en una esfera neutra. Pero la vida no es neutra, Cristo se encarnó en un tiempo y participó plenamente en la vida humana."

La Iglesia no puede vivir o predicar el Evangelio en su totalidad sin que pueda dejar de tomar posiciones comprometidas. El ejemplo de Cristo y de los Profetas frente a los hechos concretos de injusticia, de opresión, es bastante elocuente. La Iglesia no puede ser a-histórica y vivir fuera del tiempo" (22 de junio de 1971).

APROBADO: 97%

(con modificaciones: 12%)

NO: 3%

- 16.—Renovar la expresión del mensaje evangélico a partir de la vivencia de Cristo en nuestra historia chilena. Esta renovación se hace urgente debido al cambio cultural generado por el proceso político y económico, que hace pasar al hombre de su mentalidad religiosa tradicional a un mundo secularizado, donde éste es agente creador de su propia historia.

APROBADO: 99%

(con modificaciones: 3%)

NO: 1%

- 17.—Colaborar con todas las fuerzas transformadoras de la sociedad, entre las cuales se destaca el marxismo en vistas a hacer efectivo el aporte cristiano en el surgimiento del hombre nuevo.

APROBADO: 96%

(con modificaciones: 25%)

NO: 4%

- 18.—Acelerar el cambio de las estructuras diocesanas, parroquiales, e instituciones de servicio, que acaparan para lo administrativo o en una pastoral de conservación las mejores energías del sacerdote.

APROBADO: 97%

(con modificaciones: 3%) NO: 2% NULOS: 1%

- 19.—Testificar que nuestra esperanza en el reino de Dios no se agota en la etapa socialista, sino que la trasciende, lo que nos exige una actitud de crítica permanente desde el interior del proceso de la nueva sociedad.

APROBADO: 98%

(con modificaciones: 1%)

NO: 1%

- 20.—Construir la unidad de la Iglesia y de los hombres a través del proceso histórico, en la certeza de acelerar así el don de la unidad plena que nos promete el Evangelio.

APROBADO: 99%

(con modificaciones: 4%)

NO: 1%

- 21.—En la Iglesia de Chile disminuye el número de presbíteros y a la vez surgen en forma creciente carismas ministeriales en el pueblo de Dios. Sin embargo, las comunidades no han cambiado su mentalidad y esperan que la jerarquía envíe desde fuera los ministros que necesita.

APROBADO: 97%

(con modificaciones: 3%) NO: 1% NULOS: 2%

- 22.—Entre los diversos ministerios que surgen o

se perfilan o señalan: servicios asistenciales de promoción humana en sus múltiples expresiones, de educación de la fe, de la liturgia, de la Palabra, distribución de la Eucaristía, creación de nuevas comunidades y dirección de las existentes, diáconos y futuros presbíteros casados, etc.

APROBADO: 97%

(con modificaciones: 1% NO:— NULOS: 3%

- 23.—Dios está actuando en nuestra historia de diversas maneras. Los distintos ministerios de la comunidad cristiana son una manifestación del Espíritu de Cristo y un servicio a la liberación integral del hombre y la sociedad.

APROBADO: 100%

(con modificaciones:—)

NO:—

- 24.—En la Iglesia de los primeros siglos encontramos una diversidad de carismas y servicios. Hay profetas y maestros de la fe, hay animadores de la comunidad, algunos que la vigilan y presiden, hay servidores de los pobres y encargados de los enfermos: en fin una diversidad de carismas que edifican la Iglesia y sirven al mundo.

APROBADO: 100%

(con modificaciones:—)

NO:—

- 25.—Cristo es el único Sacerdote y la comunidad cristiana es el Pueblo Sacerdotal. Los presbíteros han monopolizado indebidamente este sacerdocio universal. Por ello el reconocimiento de diversos ministerios facilita la realización del sacerdocio común y enriquece el servicio liberador en nuestra historia.

APROBADO: 96%

(con modificaciones: 5%) NO: 2% NULOS: 2%

- 26.—Una comunidad cristiana es adulta cuando logra la generación interna de los ministros que necesita ella misma y el conjunto de las comunidades cristianas al servicio de la sociedad.

APROBADO: 91%

(con modificaciones: 2%) NO: 3% NULOS: 6%

- 27.—En la elección de los candidatos por parte de la comunidad debe tenerse en cuenta entre otras cosas las siguientes condiciones:

- Que sean personas comprometidas en el proceso de la liberación humana.
- Que gocen de un trabajo profesional estable.
- De estar casadas, que vivan un matrimonio realizado.
- Que sean estimadas más allá de los límites de la propia comunidad.

APROBADO: 98%

(con modificac. 14%) NO: 1% NULOS: 1%

- 28.—Consideramos que la mujer ha sido postergada y utilizada en servicio ministerial de la Iglesia. Esperamos que como Iglesia reconoz-

camos cada vez más su participación en los diversos ministerios.

APROBADO: 93%

(con modificaciones: 6%) NO: 1% NULOS: 8%

- 29.—La formación de los candidatos no debe significar una ruptura con su vida normal, en la comunidad de base y en su trabajo profesional.

APROBADO: 98%

(con modificaciones: 2%) NO:— NULOS: 2%

- 30.—Al entregar la misión de los candidatos, junto con el Obispo y el presbítero Presidente, debe participar activamente toda la comunidad, mediante la creación de signos adecuados.

APROBADO: 98%

(con modificaciones: 1%) NO: 1% NULOS: 1%

- 31.—La permanencia de un ministro en su servicio a la comunidad, depende del ejercicio efectivo de sus funciones. En caso de no cumplir con su compromiso, su misión deja de tener sentido y puede ser removido por la comunidad presidida por el Obispo.

APROBADO: 96%

(con modificaciones: 5%) NO: 1% NULOS: 3%

- 32.—Por lo que se refiere a la elección del Obispo, las diversas comunidades cristianas de base, deberán participar activamente en la designación del candidato a través de sus delegados.

APROBADO: 97%

(con modificaciones: 3%) NO:— NULOS: 3%

- 33.—Al elegir un Obispo se deberá tener en cuenta sobre todo la capacidad de interpretar y unificar las diversas comunidades cristianas de base.

APROBADO: 98%

(con modificaciones: 3%) NO:— NULOS: 2%

- 34.—Considerando la responsabilidad del servicio episcopal, proponemos que éste no se prolongue más allá de los 10 años.

APROBADO: 84%

(con modificac.: 30%) NO: 16% NULOS: 2%

- 35.—Los múltiples ministerios que surgen en el Pueblo de Dios deben corresponder a la vocación de cada uno y las necesidades de la comunidad y no ser utilizados para sustituir al presbítero o suplir funciones de la pastoral tradicional.

APROBADO: 98%

(con modificaciones: 2%) NO:— NULOS: 2%

- 36.—La ayuda de los sacerdotes extranjeros sólo tiene sentido si fomenta la capacidad de la Iglesia local de generar sus propios ministerios.

APROBADO: 93%

(con modificaciones: 4%) NO: 2% NULOS: 5%

- 37.—La institución de la Iglesia debe construirse a partir de las comunidades de base. Su coordi-

nación debe enriquecerla y no frenar su dinamismo y originalidad.

APROBADO: 98%

(con modificaciones:—)

NO: 2%

- 38.—Debe acelerarse el proceso de sustitución de los colegios católicos por una educación de la fe a nivel de las comunidades de base (catequesis, cursos populares de teología, etc.) Esta educación de la fe en la base permitirá el surgimiento de los diversos ministerios.

APROBADO: 88%

(con modificaciones: 5%) NO: 3% NULOS: 4%

PRESBITERIO Y CELIBATO

- 39.—Hay una real armonía entre el ministerio presbiteral y el celibato por el Reino y por ello es bueno y normal que haya presbíteros célibes.

APROBADO: 97%

(con modificaciones: 5%) NO: 2% NULOS: 1%

- 40.—Si el celibato es propiamente un carisma, la Iglesia no debe pretender insertarlo en su estructura institucional mediante una ley que lo vincule necesariamente con el presbiterado.

APROBADO: 98%

(con modificaciones: 1%) NO: 1% NULOS: 1%

- 41.—Hoy día se hace claro que un celibato sano y bien motivado debe ser realizado sin presiones de ninguna índole.

APROBADO: 100%

(con modificaciones:—)

NO:—

- 42.—Deseamos la ordenación de hombres casados para el servicio presbiteral de la comunidad, no sólo como una respuesta a la escasez actual de sacerdotes sino como un enriquecimiento positivo de las mismas.

APROBADO: 98%

(con modificaciones: 2%) NO: 1% NULOS: 1%

- 43.—Pedimos que los presbíteros que optan por el matrimonio, no sean necesariamente retirados de su función ministerial.

APROBADO: 98%

(con modificac.: 6%) NO: 10% NULOS: 1%

- 44.—Solicitamos que se abra la posibilidad de reintegrarse al ministerio a aquellos sacerdotes que han contraído matrimonio si el y la comunidad lo desean.

APROBADO: 98%

(con modificaciones: 9%)

NO: 2%

- 45.—Deseamos como Iglesia pedir disculpas y reparar los atropellos cometidos contra muchos presbíteros que han optado por el matrimonio.

APROBADO: 96%

(con modificaciones: 4%) NO: 2% NULOS: 2%

¿Tiene dueño la justicia?

I

CALLEY

El teniente William Calley fue condenado a prisión perpetua por un tribunal militar que lo encontró culpable de la muerte de por lo menos 22 civiles en la aldea vietnamita de My Lai.

El juicio que se extendió por varios meses captó la atención mundial y en especial de la opinión pública norteamericana conmocionada por las revelaciones sobre la horrible matanza de My Lai, donde se afirma, fueron acribillados 102 civiles por tropas que comandaba el teniente Calley.

Pero pocas horas después que el tribunal había emitido su veredicto, el presidente norteamericano Richard Nixon ordenaba que el oficial Calley fuera excarcelado mientras él estudiaba el caso.

Si sorprendente fue para la opinión pública que el único enjuiciado hasta ahora por lo de My Lai fuera Calley, —aun cuando se señala la responsabilidad de los superiores— no menos sorpresa ocasionó la decisión del señor Nixon. Días después el fiscal del tribunal que juzgó a Calley y varios legisladores acusaban al primer mandatario estadounidense de interferir la acción de la justicia.

William Calley se constituyó de un momento a otro en centro de la atención en Estados Unidos. Mientras era condenado a cadena perpetua, alguno de sus conciudadanos, incluyendo al vicepresidente Spiro Agnew, lo señalaban casi como héroe nacional. Otros lo condenaban y la mayoría lo consideraba un chivo expiatorio, aunque no dejaban de indicar su responsabilidad individual en la matanza.

Ante el hecho de que el criminal de guerra William Calley, de acuerdo al veredicto del tribunal esté en su casa, no puede menos que venir a la memoria la figura de muchos pacifistas norteamericanos purgando condenas por haberse negado a ir a la matanza de Vietnam o simplemente por manifestar protesta contra la intervención extranjera en Indochina.

LOS BERRIGAN

El caso típico de esas víctimas de la guerra son los hermanos Felipe y Daniel Berrigan, sacerdotes católicos acusados junto a un grupo de sus colaboradores de toda una serie de planes subversivos como métodos de presión para que se ponga fin al conflicto en Vietnam. Se llegó incluso a acusarlos de planear el secuestro de Henry Kissinger, asesor de seguridad nacional del presidente Nixon, como parte de los supuestos planes.

Daniel de 49 años y Felipe de 47 son ya viejos militantes del pacifismo y la lucha contra las injusticias y la pobreza. Tuvieron relaciones con católicos de “avanzada” en Francia y con los curas obreros. Frente a sus alumnos han predicado el “evangelio de la pobreza”, urgiéndolos a hacerse pobres y a cambiarse a vivir en barriadas.

Daniel es un poeta, con premios internacionales, a quien una publicación norteamericana llamó “provocador carismático”. Eludió a las autoridades durante cuatro meses cambiando constantemente de residencia. En ese tiempo vivió con 37 familias diferentes.

Felipe, hábil polemizador político, investigador voraz que ha escrito libros sobre racismo y guerra en los cuales deja clara su oposición a esos fenómenos. Se le considera como un “guerrero excepcionalmente bien dotado”.

Daniel fue ordenado jesuita y Felipe josefita. El primero fue enviado algunos meses por América Latina en represalia de su obispo por sus actitudes revolucionarias. Pero el viaje resultó equivocado, ya que la realidad latinoamericana afianzó más aún su rebeldía justa.

Felipe es un veterano de los problemas de los negros, con quienes ha trabajado desde su ordenación. Acostumbraba mandar a los seminaristas bajo sus órdenes, a investigar la forma de vida de los negros.

¿ILOGICO?

Daniel y Felipe Berrigan y varios de sus colaboradores padecen la prisión por quemar tarjetas de inscripción militar con napalm y por protestar contra la guerra: "Con tal guerra el hombre queda fuera de la bendición de Dios; de hecho queda bajo su maldición", han proclamado.

William Calley está libre después de haber sido convicto de genocidio contra 22 civiles vietnamitas, ancianos, mujeres y niños indefensos.

¿Parece ilógico? Puede parecerlo, pero no lo

es. William Calley no es el principal responsable. Es simplemente un engranaje del sistema que mueve la guerra. El mismo que destruye la vida en Indochina regando napalm; el mismo sistema que no distingue entre niños, ancianos y mujeres, cuando envía millares de bombarderos a dejar su carga infernal sobre los campos de Vietnam. El mismo sistema que se empeña en mantener la guerra. El mismo sistema que condena los Berrigan por exigir que se desate la paz. El mismo que persigue a los profetas y eleva a Herodes y Pilatos.

II

carta al Presidente Nixon

Estimado Señor Presidente:

Somos un grupo de misioneros cristianos norteamericanos que trabajamos en Chile y que nos hemos reunido en torno a una inquietud común: La política exterior y la actitud de los Estados Unidos para con Chile.

Debe reconocerse que las actitudes y acciones del Gobierno de los Estados Unidos, como asimismo su prensa, sus empresas y en general su opinión política tienen grandes consecuencias para Chile, especialmente en el momento actual de nuestra historia; y que estas actitudes y acciones redundan a menudo en detrimento, no sólo de Chile y del Tercer Mundo, sino del bienestar de los mismos Estados Unidos.

Francamente: estamos desilusionados y preocupados por la reacción, generalmente negativa de los Estados Unidos respecto a la nueva dirección que Chile ha escogido libremente para sí.

La reacción de la Administración actual, incluso en el nivel público oficial, ha sido, a lo más, de mera tolerancia. Más aún, parece directamente orientada a desairar a Chile: la omisión de congratulaciones o incluso de reconocimiento al Presidente libremente elegido por Chile, Salvador Allende, al momento de su elección; la súbita cancelación unilateral de la visita de buena voluntad del portavoz norteamericano; su Mensaje sobre la Situación Mundial, con la sugerencia de que Chile siga el ejemplo de México y no de Cuba, como si la bondad de un gobierno estuviera determinada por el grado de su favor hacia los Estados Unidos, parece atestiguarlo así.

En la prensa y en el Congreso norteamericanos se escuchan, además, voces que claman por sanciones económicas contra Chile debido a la nacionalización de sus minas de cobre y de otras industrias de propiedad extranjera. Ahora mismo hay claras señales de que intereses comerciales norteamericanos e internacionales han tratado de fijar los precios del cobre en forma tal que Chile reciba menos por su cobre una vez que esté nacionalizado. La aplicación de dichos controles y sancio-

nes, con el apoyo, al menos implícito, del Gobierno Norteamericano, es una posibilidad inquietante especialmente a la luz de la larga historia de intervención de nuestro país para proteger las inversiones foráneas de la empresa privada.

Muchas de las reacciones en la prensa norteamericana han sido igualmente desconcertantes. Mientras algunos reportajes se han mantenido dentro de la objetividad, otros muchos han sido en gran medida estereotipados, superficiales y alarmistas.

Nuestra posición como misioneros se basa en nuestra participación activa y a muchos niveles en la realidad Chilena, y en una consecuente comprensión de las razones en favor de la opción por el socialismo, de las metas y valores positivos implicados, y de la variedad de fuerzas que aquí trabajan.

En Chile, el capitalismo ha producido una distribución de la propiedad y de la riqueza mucho más injusta que en los Estados Unidos; y nosotros encaramos diariamente sus efectos. Además, Chile se encuentra en una situación cultural y económica de dependencia exterior. Intereses foráneos han controlado durante decenios el cobre, que es la base de la economía Chilena.

Por éstas y por otras razones Chile se ha orientado, en los últimos años, hacia un mayor control estatal de las industrias e instituciones básicas, y recientemente ha optado por caminar hacia el socialismo. Este drástico cambio de dirección es un esfuerzo por construir una nueva sociedad, una sociedad basada en un hombre nuevo con nuevos valores, una sociedad con más justa y equitativa distribución de la riqueza y oportunidades, una sociedad en la que no haya clases privilegiadas, una sociedad basada en la justicia y en la solidaridad.

Hay muchos grupos, fuerzas e ideologías que actualmente trabajan en Chile para determinar su futuro; élites económicas, grupos cultural y económicamente marginados, profesionales, trabajadores, estudiantes, la amplia gama de partidos políticos, y la Iglesia. Algunos están en desacuerdo básico sobre la visión

y las metas, otros discuerdan en cuanto a los medios para alcanzar esas metas. En muchos sentidos la Iglesia Católica esta tomando en Chile una posición positiva y de cooperación a las metas trazadas por el actual Gobierno dentro de un marco socialista, manteniendo sin embargo una actitud crítica independiente. Algunos grupos abogan, en su doctrina o en su táctica, por un socialismo marxista-leninista; otros, por un socialismo pluralista. Algunos son partidarios de la violencia, otros de la anarquía, pero la gran mayoría postula los cambios dentro de la ley y a través de un proceso democrático. Como en todo cambio importante de dirección, hay muchas incertidumbres.

Frente a estas incertidumbres y riesgos, muchos chilenos temen, y nosotros también, que los Estados Unidos puedan interferir e imponerle a Chile sus propias soluciones; en circunstancias de que es privativo de Chile y de los chilenos el construir su propio destino.

En consecuencia, Señor Presidente, le pedimos:

—Respetar escrupulosamente el derecho de Chile a escoger y construir su propio destino, absteniéndose de cualquier tipo de intervención;

—No entorpecer las relaciones chileno-norteamericanas mediante apoyo directo o indirecto de su Gobierno a los intereses privados norteamericanos en Chile; reconociendo que los recursos de Chile a Chile pertenecen, y que los intereses privados norteamericanos han obtenido beneficios durante años;

—No aplicar sanciones económicas, comerciales, diplomáticas ni de ningún otro tipo que pudieran comprometer la

economía chilena, como se hizo en Cuba mediante el bloqueo económico norteamericano;

—Juzgar la experiencia chilena más en términos de necesidades y aspiraciones humanas que de meras ideologías políticas;

—Abrirse y cooperar positivamente al esfuerzo chileno por la autodeterminación, en lugar de mostrarse, a lo sumo, tolerante.

Creemos que si los Estados Unidos adoptan esta política de no intervención, más aún, de positiva cooperación:

—Saldrá ganando Chile: porque podrá desarrollarse dentro de una atmósfera de libertad y de intercambio mutuo con los Estados Unidos y con todas las potencias del mundo.

—Saldrá ganando los Estados Unidos: al no marginarse de las fuerzas dinámicas que están configurando un nuevo orden mundial y reconocer, a diferencia de lo que ha ocurrido en el pasado, un movimiento popular; al no forzar a Chile a dirigirse exclusivamente a otras potencias mundiales en busca de comprensión y ayuda; al aprender de los valores positivos de la experiencia chilena y reconquistar así, como esperamos, el respeto de las otras naciones de la comunidad mundial.

Una política de esa naturaleza no puede menos de servir a la justicia, a la paz y a la fraternidad entre todos los pueblos.

Sinceramente,

Misioneros Norteamericanos
Santiago, Julio 12 de 1971

Teología abierta para el laico adulto

por

JUAN LUIS SEGUNDO

en colaboración con el

Centro Pedro Fabro de Montevideo

1

Esa Comunidad llamada Iglesia

2

Gracia y condición Humana

3

Nuestra idea de Dios

4

Los Sacramentos hoy

EDICIONES CARLOS LOHLE

Distribuye América Latina

18 de JULIO 2089



Teléf.: 49.04.94 — Constituyente 1460

"DE LA IGLESIA Y LA SOCIEDAD"

TRECE ENSAYOS SOBRE LA REALIDAD LATINOAMERICANA

Algunos temas:

- De la dominación cultural al desarrollo cultural
- Iglesia y Teología en la vorágine de la revolución
- Función ideológica y posibilidades utópicas del Protestantismo latinoamericano.
- Dominación, dependencia y "desarrollo solidario"
- ¿Es posible una teología de la revolución?

Escriben:

Rubem Alves - Richard Shaull - Leopoldo Niilus - Mauricio López - Julio Barreiro - Pierre Furter - Julio de Santa Ana - Gonzalo Castillo - Waldo Villalpando - Christian Lalive - Sergio Arce - Hiber Conteris - Theo Tschuy. - Prólogo Pastor Emilio Castro.

OTRAS OBRAS TEOLOGICAS:

- Religión: ¿opio o instrumento de liberación? - Rubem Alves
- Ideología y Fe - André Dumas
- Evangelio para los ateos - Joseph Hromadka
- Opresión-Liberación. Un desafío a los cristianos - Hugo Assmann

Tierra Nueva

Casilla 20

Montevideo, Uruguay.
